Richard David Precht

¿Por qué hay todo y no nada?

Un paseo por la filosofía

Nos Gusta Saber

Se dice que los niños son los verdaderos filósofos. Tienen una curiosidad incontenible y sus preguntas hacen titubear muchas veces a los adultos. ¿Cómo explicar el mundo a los niños? El reconocido filósofo Richard David Precht paseó por Berlín durante un verano con su hijo Oskar. Fueron, entre otros sitios, al zoo, al Museo de Ciencias Naturales o a los restos del famoso muro. Durante esas visitas, Precht respondió a numerosas preguntas como «¿Soy yo realmente yo?», «¿Por qué los seres humanos tienen preocupaciones?» o «¿Qué es belleza?».

Este es un libro de filosofía para niños y jóvenes que quieren saber más sobre los grandes temas que nos mueven a todos en la vida, sin importar la edad que tengamos.

Richard David Precht

¿Por qué hay todo y no nada?

Un paseo por la filosofía

ePub r1.2
Titivillus 03.02.16

Título original: *Warum gibt es alles und nicht nichts? Ein Ausflug in die Philosophie*
Richard David Precht, 2011
Traducción: Isidoro Reguera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Oskar y Far

Introducción

Sobre cosas de adultos, cosas de lagartos y cosas de niños

Un día, hace aproximadamente un año, Oskar y yo observábamos en el Aquarium de Berlín la anguila eléctrica. Las anguilas eléctricas son espantosas y bastante desagradables, parecen gruesas salchichas de color rosa grisáceo. Este pez, de diminutos ojos opacos y ciegos, posee una fuerte carga eléctrica. Ante nuestros ojos teníamos, pues, a un auténtico monstruo que se deslizaba despacio entre las plantas acuáticas.

A Oskar los monstruos le parecen horribles, pero a la vez le resultan fascinantes. ¿Y si escribiéramos un libro infantil con una anguila eléctrica, increíblemente gigantesca, como amenaza? ¿Un monstruo que emita descargas eléctricas mortales? Entre los libros preferidos de Oskar hay una colección que protagoniza un joven héroe de la Edad Media que se enfrenta a toda una serie de seres extraños. ¿Por qué no habríamos de escribir también un libro sobre una anguila eléctrica? Científicamente ese animal se llama *Electrophorus*. El cartel sería estupendo: «Electrophorus, el horror del Amazonas». El título ya lo tendríamos.

Pero de repente Oskar se quedó muy pensativo. Le surgían dudas.

—Papá, eso no se puede hacer —dijo apenado—, en la Edad Media aún no había electricidad.

Hoy Oskar tiene un año más. Y ya sabe, naturalmente, que en la Edad Media sí había electricidad, por supuesto. Pero entonces nadie sabía lo que era; en la Edad Media los relámpagos también eran descargas eléctricas. De todos modos, de alguna manera, Oskar tenía razón: electricidad y Edad Media no casan muy bien.

Que algo sea exacto objetivamente es una cosa y creer que algo tiene coherencia es otra muy diferente. En este libro se tratará de ambas. De aquello de lo que sabemos con exactitud que es cierto y de las muchas cosas de las que solo podemos decir de forma aproximada que son ciertas; cosas de las que, sin embargo, consideramos que son coherentes o que no lo son.

Se dice a menudo que los niños son los verdaderos filósofos. Son curiosos y quieren saber todo con exactitud; y en el mundo existen infinitas cosas que se pueden saber. Algunas cuestiones se pueden responder fácilmente y otras son difíciles de responder, o no se pueden responder de modo definitivo o absoluto. Estas son normalmente cuestiones *filosóficas*.

Muchas de esas preguntas y respuestas, que resultan fascinantes para los niños, también lo son, naturalmente, para los adultos. A menudo plantean las mismas cosas: ¿De dónde viene realmente la vida? ¿Por qué los seres humanos a veces están tristes?

¿Cómo puede reconocerse verdaderamente que lo que se hace es correcto o incorrecto?

En mis tres últimos libros para adultos me ocupé de estas cuestiones. Ahora, he recogido algunos de los temas o historias tratados en ellos y los he reelaborado para que también los niños puedan comprenderlas. Oskar, mientras tanto, ya tiene suficiente edad para entender muchos aspectos de todo esto.

Además hay ciertas cosas que son especialmente sugestivas para los niños. El filósofo Martin Heidegger dijo una vez que, para los lagartos, lo que piensan los seres humanos es aburridísimo y totalmente inconcebible. En su mundo no existe ningún asunto humano, solo «asuntos de lagartos». Pero ¿cuáles son los asuntos de lagartos? Heidegger no lo explicó, lamentablemente. ¿Quizá sean insectos crujientes, piedras calientes y agradables y cuevas acogedoras y protectoras?

Del mismo modo que existen «cosas de lagartos», también hay «cosas de niños»; por ejemplo, pasillos largos por los que es imposible andar despacio, solo se puede correr; pisos lisos sobre los que irremediablemente hay que deslizarse en calcetines. Terrenos que invitan a hacer equilibrios. Cojines o almohadas que solo sirven para luchar. Sofás que están ahí para brincar sobre ellos. También existen preguntas de niños, y estas cuestiones son tan diferentes de las de los adultos como andar despacio o deslizarse rápidamente por un pasillo liso. Aunque los adultos —cuando están de muy buen humor, algo bebidos o recién enamorados— recuerdan que deslizarse es realmente más divertido que caminar despacio…

Por eso las cosas de niños son en muchos casos parecidas a las cosas de adultos, pero la mayoría de las veces resultan más espontáneas, más divertidas y más sinceras. Casi todos los niños saben que no saben muchas cosas. Los adultos, al contrario, siempre creen que tienen que tener una respuesta para todo. Quizá porque piensan que, si no, se les consideraría tontos. Y naturalmente nadie quiere ser tonto, ni los adultos ni los niños. Pero en realidad tontos son sobre todo los seres humanos que creen que lo saben todo…

Para nuestros diálogos filosóficos Oskar y yo hemos elegido Berlín. Es una de nuestras ciudades preferidas. Hay muchísimas cosas que ver, que visitar y que hacer.

Como algunos filósofos famosos, que tuvieron sus mejores ideas mientras caminaban, dimos muchos paseos. De modo que pudimos sentirnos un poquito como Jean-Jacques Rousseau, como Martin Heidegger o como Immanuel Kant, cuyos paseos eran tan regulares y puntuales que parece incluso que los vecinos ponían en hora sus relojes…

Yo y yo

En el Museo de Ciencias Naturales

¿Por qué hay todo y no nada?

Desde que tiene memoria, Oskar se interesa por los dinosaurios, por mamíferos extinguidos como los tigres dientes de sable y por los tiempos primitivos de la Tierra. Por eso nuestra primera estación en Berlín es siempre el Museo de Ciencias Naturales, en la Invalidenstrasse, la calle de los inválidos.

Ya por fuera es solemne e impresionante. Un gran edificio antiguo, de la época del Imperio, con una fachada algo desconchada que hace que el museo parezca tan viejo como es. En el vestíbulo de la entrada nos recibe la gran osamenta del braquiosaurio, el mayor esqueleto de dinosaurio completamente reconstruido con huesos auténticos. Aunque hoy se sabe que en el jurásico había saurios más grandes que el braquiosaurio, por ejemplo, el supersaurio y el argentinosaurio, sigue causando una sensación impresionante situarse bajo ese viejo esqueleto, que es el doble de alto que una jirafa y casi tan largo como una ballena azul. Al lado hay esqueletos de otros dinosaurios jurásicos como el diplodocus y los alosaurios. Y se puede hacer que vuelvan a vivir, por decirlo de alguna manera, con simulaciones de ordenador. Naturalmente también está ahí la valiosa huella fósil del ave originaria arqueópterix en su piedra caliza.

En el hueco de la escalera hay una acogedora zona de descanso con una especie de gran colchón redondo que inmediatamente invita a arrojarse encima. Este es el lugar preferido de Oskar en el museo. Si uno se tumba de espaldas se ve en el techo una instalación multimedia sobre el origen del universo, el *big bang*, la historia del cosmos y de la Tierra. Distendidos y concentrados vemos y escuchamos cómo surgen y desaparecen las galaxias, cómo brillan y se apagan las estrellas. Hasta que al final aparece un espejo en el que nos vemos a nosotros mismos, tumbados en el colchón y mirando hacia arriba. Dos criaturas diminutas pero muy divertidas en un pequeño planeta del universo gigantesco. Cuando subimos la vieja y distinguida escalera hasta el primer piso, Oskar pregunta de repente muy serio:

—Papá, ¿por qué hay todo esto?

—¿Qué quieres decir, Oskar?

—Quiero decir que por qué existe todo esto. ¿Por qué hay todo y no nada?

—¿Quieres decir que por qué hay estrellas, planetas, plantas, animales y seres humanos?

—Sí, ¿por qué está ahí todo esto?

¿Por qué hay todo y no nada? Los seres humanos se han preguntado eso a menudo, una y otra vez. Probablemente sea la pregunta más antigua de la filosofía en general, la cuestión anterior a todas. Desde siempre, repetidamente, y en todos los países, han intentado dar respuestas a esa pregunta. Y la mayoría de las veces han inventado historias para responderla.

Los antiguos chinos hablan del caos como estado originario en el *Libro de los montes y los mares*. El caos es un ave multicolor sin rostro, que baila sobre seis pies. Los germanos llamaban al caos *Ginnungagap*: el abismo bostezante. Los judíos lo llamaban *Tohuwabohu*: el gran desorden. (Todavía hoy muchos padres utilizan la palabra cuando piensan que los hijos han creado en las habitaciones de la casa un *tohuwabohu*. Pero podéis explicarles tranquilamente que no se trata de un *tohuwabohu* sino de un *ginnungagap*…).

Para los antiguos egipcios surgió al principio el agua primordial, de la que se levantó un día el montículo primitivo: la tierra. En otra historia del antiguo Egipto los dioses surgen del barro primitivo. El primero que se libera de él es Atum, el dios creador. Él crea el mundo generando al dios del aire y a la diosa del fuego. La historia del montículo primitivo o monte del mundo se encuentra también entre los sumerios, que construían sus templos según el modelo figurado del monte del mundo.

Otra narración elegida por muchas culturas es la que cuenta que el mundo surgió de un huevo. Historias así hay en Europa oriental, en Asia del Norte, entre los griegos, persas y egipcios. También los antiguos chinos creían que el mundo nació a partir de un huevo. Se trata del relato del *Pangu* Gigante. Primero era un enano diminuto y nació de un huevo primitivo, hace 18.000 años, aproximadamente. De la mitad de abajo de la cáscara del huevo surgió *Yin*, la tierra; y de la mitad de arriba, *Yang*, el cielo. Aprisionado entre ambos, Pangu se convirtió en un gigante y se partió en numerosos trozos pequeños: la luna, el sol, las montañas, los ríos, el aire, etc. A las pulgas que habitaban en su piel les correspondió un destino muy especial, pues de ellas surgieron los seres humanos.

—Pero, papá, ¡esas historias son absurdas! Todos esos dioses y huevos son ridículos.

—Sí.

—¿Por qué me las cuentas entonces? ¿Contar historias equivocadas es filosofía? Entonces también podemos imaginarnos historias como la de La guerra de las galaxias *u otras así…*

—Sí, así es. Cada uno puede inventar su propia historia sobre cómo surgió el mundo. Y ¿sabes por qué? Porque nunca se descubrirá la verdad.

—Pero lo que hemos visto es la verdad. El universo surgió de la explosión primitiva.

—Bueno, eso suponemos, pero, en cualquier caso, hasta donde alcanza nuestro saber hoy día. Quizá surja pronto una nueva teoría y dentro de cien años se vuelva a ver la cuestión de otro modo. Nunca lo sabremos con certeza.

—Si se produjo la explosión primitiva, de la que todo surgió, también tuvo que haber algo antes de ella.

—Sí, una bola gigantesca.

—Y ¿de dónde viene esa bola?

—Ese es precisamente el problema. Si el mundo surgió de un huevo, ¿de dónde provenía entonces el huevo? Y si al comienzo existía una bola, ¿de dónde venía la bola? Los antiguos filósofos griegos ya se ocuparon de esa cuestión e hicieron constar: «¡De la nada no proviene nada!».

—Papá, ¿quiere decir eso que no hay ninguna respuesta?

—Creo que estás en lo cierto, Oskar. ¿Te acuerdas de que una vez te dije que las auténticas preguntas filosóficas son aquellas para las que no hay una respuesta cierta…?

—Y ¿a mi pregunta no hay ninguna?

—Bueno, hay cuestiones para las que AÚN no se conoce una respuesta cierta. Por ejemplo, durante mucho tiempo no se supo qué era la electricidad. Así que tampoco se podía explicar qué era un rayo. Se pensaba que había un dios en una nube oscura y que desde ella lanzaba relámpagos, o algo parecido. Hoy sabemos más y podemos explicar con exactitud cómo se producen los rayos. Pero también hay cuestiones a las que siempre resultará difícil dar una respuesta firme. Y esas son las auténticas cuestiones filosóficas.

—¿Por ejemplo mi pregunta, papá?

—Exactamente. Tu pregunta ni siquiera es una pregunta filosófica cualquiera. Es la gran pregunta filosófica y la más difícil de responder. Pero quizá me vuelvas a recordar esto al final de nuestro libro. Pues cuando hayamos reflexionado sobre todo lo que queremos reflexionar juntos, ¿quién sabe?, quizá se nos ocurra una respuesta que incluso nos deje medio satisfechos…

En cualquier caso ya hemos conseguido un primer esclarecimiento filosófico:

No toda pregunta filosófica puede contestarse. Hay muchas que solo tienen respuestas aproximadas. Y muchas de ellas, a su vez, llevan inmediatamente a nuevas preguntas.

Si no se puede saber por qué existe todo y no nada, ¿es posible, al menos, explicar por qué hay seres humanos?

= *¿Por qué existo yo?*

En el Museo de Ciencias Naturales (2)

¿Por qué existo yo?

En una sala algo oscura del museo hay una vitrina de cristal gigantesca, tan grande como la pared. En ella se pueden ver desde los más pequeños escarabajos hasta las panteras nebulosas y los leopardos; los animales más variados de nuestro planeta: un gran cicónido, el pico de zapato, al lado de espátulas, grullas, águilas calvas y bucerótidos. Cada uno de esos picos tiene una forma diferente y sirve para algo distinto. En cada grupo de animales se aprecia cómo la evolución ha desarrollado numerosas y diversas formas.

Todo comenzó de modo muy sencillo. Hace mucho tiempo, tanto que es imposible imaginarlo, aproximadamente 3.500 millones de años, se desarrolló la vida por primera vez y desde entonces siempre ha ido adoptando nuevas formas. Cuando se llega al ala lateral del museo nos encontramos con una sala especial en la que solo pueden entrar un número reducido de visitantes al mismo tiempo. Dentro hace frío, resulta tétrica y un tanto fantasmal. En vitrinas altas se conservan cientos de miles de grandes y pequeños recipientes de cristal con peces, arañas, cangrejos, anfibios y mamíferos.

—¿Te acuerdas, Oskar, de lo que te conté sobre de dónde provienen los seres humanos?

—De los monos.

—¿Y por qué se sabe eso?

—Porque se han encontrado huesos y cabezas de homínidos.

—¿Se sabía eso desde siempre?

—No, creo que no.

—¿Sabes desde cuándo se sabe, Oskar?

—No exactamente.

Que los seres humanos y los monos estén emparentados de algún modo es algo que aquellos sospechaban ya hace más de 2.000 años. Los habitantes primitivos de Indonesia creían que los orangutanes eran seres humanos y que si no hablan es solo porque son demasiado vagos. La palabra orangután significa «hombre de la selva». Los mayas describieron en su libro sagrado *Popol Vuh. El libro del consejo* cómo los dioses crearon a los primeros seres humanos. Por desgracia no les salieron bien. No eran inteligentes ni sensibles, no tenían sentimientos. Entonces los dioses

convirtieron en monos a sus chapuzas humanas.

La Biblia, por el contrario, no conoce ninguna historia de la creación en la que aparezcan los monos. Por un motivo sencillísimo: en Israel, donde surgió la Biblia, no hay monos. Y no se pueden contar historias ni inventar explicaciones de lo que no se conoce.

La ciencia sabe hoy que el hombre proviene de antepasados semejantes a los monos. Pero transcurrió mucho tiempo hasta que la mayoría de los seres humanos se convencieron de ello. Cuando el famoso naturalista Charles Darwin explicó hace 150 años que todos los animales que viven hoy día descienden de animales completamente diferentes se burlaron de él. Hasta entonces mucha gente prefería creer lo que dice la Biblia: que Dios creó a los animales y a los seres humanos. Y tras el diluvio universal, el arca de Noé encalló en el monte Ararat, un volcán de Turquía. Poco antes de Darwin muchos naturalistas todavía creían que las especies animales hoy vivas habían emigrado desde el monte Ararat hasta allí donde Dios quería que estuvieran.

Es difícil imaginarse que los osos polares pudieran emigrar a través de Turquía y toda Europa hasta Groenlandia. ¡Qué calor! ¡Y sobre todo los pobres pingüinos emperador! Desde el monte Ararat hasta el mar hay más de cien kilómetros. Y luego debían nadar a través del mar Negro hasta el Mediterráneo y desde allí hasta el Polo Sur a través del océano Atlántico. Muy fatigoso. ¿Y cómo llegaron hasta América del Sur y Australia, recorriendo medio mundo, las ranas y los sapos, y, sobre todo, los caracoles?

La historia de la Biblia, pues, no puede ser correcta. Hoy sabemos que las plantas y animales se han desarrollado paso a paso, transformándose en el transcurso del tiempo. Y lo mismo sucedió con el hombre, aunque todavía no conozcamos a nuestros antepasados más antiguos. Lo que sí sabemos es que hace aproximadamente cuatro o cinco millones de años aparecieron en África oriental una serie de homínidos diferentes: los *australopithecus*. En español ese nombre significa «monos del sur». Se establecieron en semidesiertos, sabanas, bosques pequeños y parajes fluviales pantanosos. Vivían juntos en hordas y en algún momento estos monos del sur aprendieron a andar erguidos. Tiempo después vivió en África oriental el *Homo habilis*, el «hombre hábil». Tenía un cerebro mucho mayor que los «monos del sur» y ya era también mucho más parecido al ser humano. Algo más tarde se desarrolló el *Homo erectus*, el hombre que camina erecto. Como primer antecesor del ser humano se extendió desde el África oriental hasta otros continentes y se desplazó hasta el sudeste de Asia. Hace aproximadamente 200.000 años se desarrolló el descendiente de este, el *Homo sapiens*, el hombre inteligente. Y ese somos nosotros.

—¿Por qué existes tú, entonces, Oskar?

—Porque los seres humanos se han desarrollado a partir de los monos. En algún momento evolucionaron hasta convertirse en mi mamá y en mi papá, y ellos me hicieron nacer.

—¿Crees que fue premeditado que surgieran los seres humanos? ¿O fue el azar?

—Ni idea.

—Imagínate que volviera a haber monos del sur. ¿Crees que evolucionarían hasta convertirse en seres humanos como los actuales? —Oskar se encoge de hombros—. Sinceramente, yo tampoco lo sé. Pero creo que no saldrían de ahí los mismos seres humanos. ¿Se trataría, quizá, de seres humanos completamente diferentes?

—Quizá fueran pequeños y encorvados y con pelaje en alguna parte del cuerpo. O gigantescos y vestidos con jirones…, y se pelearan horriblemente entre ellos. O tal vez caminasen a cuatro patas…

—Eso suena a trolls y orcos. Podríamos habernos convertido en auténticos monstruos. Imagínate cómo sería nuestra vida si tuviéramos, por ejemplo, brazos mucho más largos y piernas muy pequeñas.

—Entonces las mesas serían mucho más bajas, papá. Tampoco habría escaleras.

—No, quizá solo rampas como las que hay para personas que van en silla de ruedas…

—También los coches serían completamente diferentes.

—¡En el supuesto de que existieran! Esos seres humanos tampoco jugarían al fútbol.

—No, papá, solo a balonmano y a baloncesto. Por los largos brazos.

—Sí, nadie sabe cómo se habría desarrollado la vida sobre la tierra si el azar hubiera hecho todo diferente.

Nuestro segundo esclarecimiento filosófico:

El ser humano ha surgido de muchas casualidades. Y tenemos pocos motivos para suponer que detrás haya un sentido.

Para mucha gente aceptar esto no es fácil. En cualquier ocasión buscamos el sentido de nuestra vida. ¿Puede ser que no exista ese gran sentido? ¿Que nuestra existencia solo dependa de casualidades? Normalmente es muy importante para nosotros que todo tenga un sentido. Cuando hacemos algo lo hacemos porque lo tiene. Comemos, bebemos y dormimos porque tiene sentido hacerlo. Si no, nos moriríamos. También nos sentimos unidos a nuestra familia y a nuestros amigos

porque significan algo para nosotros. Vamos a la escuela porque tiene sentido aprender mucho. Y trabajamos porque en nuestro mundo es importante ganar dinero. Todo juego de pelota tiene reglas con sentido. Nuestras palabras tienen un significado. Y nuestras frases adquieren sentido.

El ser humano es quizá el único animal que no puede vivir en absoluto sin ningún sentido en su vida. Incluso a los animales, a los que no hemos creado, y que existían mucho antes que nosotros, les damos significados con sus nombres.

= *¿De dónde les vienen sus nombres a los animales?*

En el Aquarium

¿De dónde les vienen sus nombres a los animales?

Nuestra segunda estación en Berlín es siempre el antiguo gran acuario del zoo. Fue fundado por Alfred Brehm, al que llamaban «padre de los animales», y su aspecto es bastante antiguo e imponente. En las paredes de la fachada hay unos relieves con figuras de dinosaurios. Y dentro también hay algunas criaturas espantosas. El tiburón alfombra, por ejemplo, tiburones martillo cabeza de pala, un tiburón guitarra y nuestra vieja amiga peligrosa, la dama tiburón tigre de arena, «Nicki».

También esta vez visitaremos primero el Aquarium. Comprobamos si nuestros escamosos amigos siguen en las grandes piscinas de agua marina. Luego vamos a los acuarios de agua dulce. En estos nos interesan especialmente las numerosas especies de peces con trompa eléctricos, de los que tenemos toda una colección en nuestra casa de Colonia. De todos los animales del mundo estos son los que tienen el cerebro más grande en relación con su masa corporal y, sin duda, son realmente muy inteligentes.

Hoy había peces con trompa nuevos, los peces trompa tamanduá de África oriental. En la naturaleza esos peces nadan en el río Congo y alcanzan su presa con un apéndice táctil eléctrico que parece una trompa. Pero los peces tamanduá, además del apéndice táctil, tienen una pequeña trompa. Su apariencia es como la de los delfines, o más bien como la de coatís que nadan o, efectivamente, como la de osos hormigueros. El oso hormiguero al que más se parecen es el tamanduá de la selva tropical suramericana. Los tamanduás no tienen una trompa tan larga como sus parientes más famosos, los grandes osos hormigueros, y no son de color marrón grisáceo, como sus grandes primos, pues en su piel aparecen manchas blancas y negras. Y eso mismo sucede con el pez trompa tamanduá: tiene una nariz de mediana longitud y manchas marrones y blancas en la piel.

Después de explicarle todo esto, Oskar me preguntó de repente:

—Papá, ¿de dónde les vienen sus nombres a los peces?

—Pero, Oskar, te lo acabo de explicar, el pez trompa tamanduá se llama así porque su aspecto es parecido al de un…

—No, papá, no me refiero a eso.

—¿No?

—No, quiero saber por qué cuando se descubre un pez se sabe que se llama así.

—¿Que se llama así? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, cuando se descubre un nuevo pez, ¿cómo se averigua cuál es su verdadero nombre? ¿Cómo se sabe que no se llama de otro modo?

—¿De otro modo? ¿Qué quieres decir?

—Sí, que en realidad no se llama de otro modo, por ejemplo, en lugar de pez trompa tamanduá, ¿por qué no quajakougou o algo parecido…?

En ese momento entendí lo que quería decir Oskar. Piensa que todo animal —y quizá también una planta y todo lo demás, una roca, etc.— debería tener un nombre *propio*, un nombre que quizá no tenga nada que ver con cómo llaman a las cosas los seres humanos…

¿De dónde les vienen sus nombres a los animales? Ya en la Biblia se dice que Adán puso nombre a los animales. Y eso no es completamente falso. Los nombres que tienen los animales se los han puesto los hombres. En todas partes del mundo los habitantes de cada país dan nombres a los animales que viven en él. Pero los investigadores de otros países a menudo han llamado a los animales con nombres nuevos y diferentes. De modo que la gran mayoría de los animales tienen muchos nombres muy diferentes. A las suricatas los alemanes las llaman *Erdmännchen* («hombrecillos de tierra»). Los ingleses las llaman *Meerkat*, que por su origen holandés significa propiamente «gato de agua» (en latín se llaman *cercopithecus*) y resulta muy equívoco, pues las suricatas no pertenecen a los monos, como los *cercopithecus*, sino a las civetas, como por ejemplo los mungos. Esto sucede muchas veces porque las personas que dieron nombre a los animales no supieron hacerlo bien. Tampoco el hipopótamo es un caballo, sino que está emparentado con los cerdos. Pero los antiguos griegos que vieron por primera vez a esos animales los llamaron *hippopótamos*, y eso en griego significa «caballo de río».

Sucede lo mismo con el oso hormiguero, que no está emparentado con los osos, sino que junto con el perezoso o el pangolín pertenece a la familia de los «desdentados» porque su largo hocico trompa no tiene dientes. Respecto a otros animales, por el contrario, resulta fácil lo del nombre. La serpiente cascabel, que repiquetea con el final de la cola cuando siente peligro, en casi todas las leguas se llama así, más o menos. También los pingüinos se llaman así en muchas lenguas, aunque su nombre sea un tanto absurdo. La palabra *penguin* proviene de Gales y significa «cabeza blanca». Y quien haya visto de cerca alguna vez un pingüino sabe que los pingüinos no tienen cabezas blancas. El nombre de pingüino fue originariamente el nombre de otra ave, a saber, del alca gigante, que ya ha desaparecido. Y esta sí tenía una gran mancha blanca en la cabeza. Cuando los primeros

pingüinos llegaron a Gran Bretaña la gente de mar se acordó del alca gigante. Pensaron que esas aves tenían que estar emparentadas con el alca. Y así fue como el pingüino llegó a tener ese nombre.

Algunos nombres de animales, por el contrario, no solo están mal elegidos, sino que no tienen ningún sentido. Un ejemplo divertido es el *glotón* (en alemán *Vielfrass*). Es la mayor marta del mundo y tiene la estatura de un perro fuerte de tamaño mediano. Los glotones viven en el norte de Europa. Y en el lenguaje de los lapones se los llama *fjellfräs*. La palabra *fjell* significa «monte» o «roca», y la palabra *fräs* significa «gato». Y *fjellfräs* significa, pues, «gato de roca» o «gato montés». Está claro que los investigadores alemanes, que dieron su nombre al glotón (*Vielfrass*), no entendieron bien la palabra. Y como en el juego de los «susurros» (*whispers*), en el que unos susurran palabras al oído de otros, y al final resulta una cosa completamente diferente, el *fjellfräs* se convirtió en *Vielfrass*, es decir, el gato montés o de roca se convirtió en el glotón. En Inglaterra, por otra parte, al glotón se le llama de modo completamente diferente, *wolverine*, porque a los investigadores ingleses les recordaba a un lobo (*wolf*), a pesar de que el glotón no se parece en nada al lobo.

Pero el glotón no es el único animal cuyo nombre se basa en un malentendido. Otro ejemplo famoso es el *aye-aye*. Se trata de un camarada muy extraño, que trepa de noche cautelosamente por los bosques tropicales de Madagascar, cazando insectos y gusanos en la corteza de los árboles con sus largos dedos. De todos los animales es el que más se parece a un alienígena, a un ser extraterrestre. Durante mucho tiempo no estuvo nada claro cómo ese animal llegó a llamarse aye-aye. Algunos libros antiguos afirmaban que el nombre provenía de los sonidos estridentes que emitía en sus excursiones nocturnas y que se asemejaban a un ay-ay. Pero ninguno de los diferentes sonidos que emite este animal suena así. Es más probable que su nombre tenga un origen completamente diferente.

Mucho más convincente es la siguiente historia: cuando en 1863 los primeros exploradores europeos recorrían la selva tropical de Madagascar en busca de animales desconocidos, uno de sus guías nativos señaló de repente al ramaje y gritó: «¡Aiee! ¡Aiee!». Se trataba de un grito de alegría y sorpresa y significaba algo así como «¡mirad allí!». Pero los exploradores pensaron que ese era el nombre del animal. Y desde entonces se llama aye-aye.

Otra historia cuenta que los nativos de Madagascar creían que el aye-aye poseía poderes mágicos. El animal teje coronas de ramaje como cama y los habitantes de la isla cuentan que no solo lo hace para sí mismo, sino que a veces desliza esa cama también bajo la cabeza de una persona mientras duerme. Cuando eso sucede, dicen, significa que el afortunado se va a hacer

muy rico en poco tiempo. Pero si el aye-aye coloca su cama bajo los pies del durmiente, quiere decir que esa persona está poseída por poderes malignos y que morirá pronto. Por eso los nativos no quisieron revelar a los exploradores el nombre del aye-aye. Y cuando estos vieron por primera vez ese animal y preguntaron qué clase de extraño ser era, los nativos contestaron *«heh heh»*, que significa «ni idea». Los investigadores creyeron que era el nombre del animal, y como no entendían bien las palabras eso se convirtió en «aye-aye».

Así pues, el aye-aye se llama propiamente «¡mirad!» o «ni idea». Pero no todo nombre exótico de animal, que suene extraño, se basa en una confusión. El emú, un ave corredora australiana, parecida al avestruz, recibió ese nombre porque en la época de celo los machos gritan: «eeemuu». Y al tiburón alfombra, que vive en el Aquarium de Berlín y cuyo hábitat natural se encuentra propiamente en los mares alrededor de Australia, se le llama también *wobbegong*, que en la lengua de los aborígenes, los habitantes originarios de Australia, significa «barba áspera». El nombre es muy apropiado a causa de las muchas pestañas que el tiburón alfombra tiene en su boca y con las que tienta el fondo del mar en busca de presas.

Nuestra última mirada en el Aquarium se la dirigimos al *wobbegong*, que permanece casi inmóvil como una alfombra sobre la blanca arena de corales en el arrecife de su piscina. Hemos aprendido que todos los animales reciben su nombre de los seres humanos. Oskar se ha quedado un tanto decepcionado. ¿No sería más bonito si tuvieran nombres «propios»? Un nombre que solo sepan ellos. Nos consolamos con la idea de que muy probablemente sea así y que los peces se susurran secretamente sus verdaderos nombres uno a otro cuando los seres humanos han abandonado el Aquarium. Y que se divierten riéndose de los nombres equivocados que estos les han dado…

Que los nombres de los animales provengan de los seres humanos no es todavía un conocimiento verdaderamente filosófico. Pero sí que es un primer paso hacia uno importante. Pues, además de los animales, también todo lo demás en el mundo posee un nombre dado por los seres humanos, expresado en lenguaje humano. De modo que el tercer esclarecimiento filosófico reza:

Todo lo que vemos, oímos, olemos, tocamos y creemos saber recibe un nombre de nosotros, los seres humanos. Y creemos que es realmente tal como lo llamamos.

Pero ¿es eso correcto?

= ¿Por qué las ratas sin nombre son más simpáticas?

En el zoo

¿Por qué las ratas sin nombre son más simpáticas?

En la parte de atrás del Aquarium está el zoo. Salimos a la luz y dejamos a un lado el viejo y poderoso dinosaurio, un iguanodón de piedra, que hace guardia y vigila muy serio a los visitantes del zoo. Iguanodón significa «diente de iguana». También ese nombre es un accidente o un malentendido. Cuando los científicos desenterraron hace más de cien años los huesos del primero de esos animales encontraron entre otras cosas dos triángulos agudos duros, cada uno de ellos casi tan grande como una mano humana. «Esto solo pueden ser dientes», pensaron. Y como esos dientes les recordaron a los dientes de la iguana —aunque, naturalmente, mucho más grandes—, llamaron al animal iguanodón. Solo mucho más tarde se descubrió que se habían equivocado totalmente. Los triángulos agudos no eran en realidad dientes, sino los duros dedos pulgares del dinosaurio. Con sus pulgares puntiagudos probablemente repelía a sus enemigos y podía herirlos seriamente. Sus dientes eran, por el contrario, pequeños y romos, apropiados para triturar plantas. Pero como el nombre de «iguanodón» ya estaba en todos los libros decidieron conservarlo sin más.

Todo esto lo sabe Oskar desde hace mucho tiempo, puesto que es un auténtico experto en dinosaurios, y me corrige cuando no sé exactamente las cosas como él. Al adentrarnos en el zoo nos llama la atención el poco tiempo que muchos visitantes se detienen ante determinados animales. Los ciervos, por ejemplo, no parecen nada interesantes para muchos visitantes del zoo. Sin embargo, los monos, los leones marinos y los felinos les llaman bastante la atención. ¿Qué razones existen realmente para que encontremos más interesantes a unos animales que a otros? Está claro que un motivo es el aspecto: cuanto más espectacular, más grande, más gracioso o más peligroso, mejor. Son especialmente populares sobre todo los animales que se mueven mucho y juegan unos con otros y los que se alborotan, como las nutrias o las suricatas. Pero hay otra cosa que decide si un animal nos resulta simpático o no…

Uno de los zoos más antiguos se encuentra en Londres en Regent’s Park. Fue fundado hace casi 200 años, de modo que es algo más viejo que el zoo de Berlín. Todavía se conservan hoy algunas de las viejas casas de fieras. Hay animales muy raros, como los dragones de Komodo, los lagartos más grandes del mundo. Y en un viejo pabellón con rocas artificiales se puede ver una colección impresionante de serpientes venenosas mortales, como las mambas verdes y negras y dos cobras reales realmente intimidatorias.

Puesto que es cierto que a la gente le gusta pararse mucho tiempo delante de algunos animales y sin embargo en otros ni se fija, la Sociedad Zoológica de Londres quiso saber exactamente qué es lo que atrae a los visitantes del zoo. Y llevó a cabo un experimento planteando la siguiente pregunta: ¿qué animales encuentran simpáticos los visitantes del zoo y cuáles antipáticos? Los empleados del zoo londinense hicieron más de cincuenta tarjetas postales. En cada una de ellas se veía la foto de un animal del zoo, por ejemplo, de un mono, un oso o una serpiente.

La gente del zoo invitaba a los visitantes a ordenar las imágenes. La foto del animal más simpático se colocaba arriba del todo. Luego la del segundo más simpático y así sucesivamente. Y la del más antipático debía colocarse abajo del todo.

Los numerosos visitantes que acudieron al zoo londinense ese bonito domingo participaron con gusto en el juego. Y sucedió algo un poco sorprendente: todos estuvieron bastante de acuerdo. El pequeño y gracioso roedor, por ejemplo, ocupó uno de los primeros puestos. El mono, que aparecía un poquito divertido pero también un poquito feo, quedó en el medio. Y la desagradable serpiente gigantesca aterrizó bastante abajo. El resultado fue más o menos el que los organizadores habían supuesto.

Al día siguiente repitieron el experimento. Volvieron a enseñar a los visitantes las postales con las fotos de los animales, pero esta vez con una diferencia importante: debajo de cada imagen habían escrito el nombre del animal, pues en muchos casos los visitantes no sabían exactamente de qué animal se trataba. ¿Quién conoce, por ejemplo, el aspecto de un aye-aye? ¿O de un mono lechuza? ¿O de un glotón?

Esta vez los participantes colocaron los animales en un orden de preferencia completamente diferente. El gracioso roedor, que el día antes había alcanzado uno de los primeros puestos, bajó hasta los últimos. Pues en la foto aparecía «rata marsupial» (la zarigüeya). La mayoría de los visitantes encontró esto bastante desagradable y repugnante. El día anterior muchos visitantes del zoo habían considerado simpática a esa rata, pero no sabían que ese animal era una rata. El segundo día los visitantes pudieron leer en la foto la palabra «rata» y vieron al animal con ojos completamente diferentes. ¿Quién encuentra graciosas a las ratas? (Quizá solo aquellos que tienen ratas como animales domésticos, y que por ello saben que son colegas cariñosos, tiernos e inteligentes).

También cambió el juicio respecto a los demás animales. La desagradable serpiente gigantesca, que antes estaba muy abajo, cerca de la araña pájaro y del jabalí verrugoso (facóquero), subió de repente muchos puestos. En la foto aparecía: «pitón real». Y dado que los ingleses creen especialmente valioso y espectacular todo lo que tiene que ver con su reina y

con la familia real, consideraron también mucho menos abominable a esa serpiente real.

Pero el nuevo vencedor fue el mono, que antes solo había conseguido entrar en medio campo. Pues en la foto aparecía: «gato de agua Diana» (un *cercopithecus*, como sabemos). Entonces los ingleses pensaron inmediatamente en su querida princesa Diana, a la que querían tanto que la llamaban la «reina de los corazones». Y, claro, un mono que se llamaba como su querida princesa de repente ya no les pareció nada feo a los visitantes del zoo, sino muy, muy noble. Aunque al mono no se le había puesto ese nombre por la princesa Diana, sino que se llamaba así desde hacía más de cien años. Pero los visitantes del zoo no pensaron en eso, en absoluto; ellos pensaron: un «gato de agua Diana», qué animal tan magnífico y simpático…

—¿Puedes imaginarte, Oskar, el gran papel que desempeña el nombre de los animales?

—Sí, por ejemplo, suena muy diferente decir «rocín» o decir «corcel». En el caso de rocín se piensa en un caballo feo y en el de corcel en un caballo noble.

—Exacto. «El rey monta un corcel» suena diferente de «El rey monta un rocín».

—Salamandra también suena mejor que tritón.

—Sí, aunque ambas cosas son casi lo mismo. Salamandra suena a príncipe persa, y tritón a algo peligroso.

Así reflexionamos juntos un rato, deambulando por el zoo y diciendo tonterías…

Naturalmente, lo que sirve para los nombres de animales sirve también para los de cosas y personas. Cuando escuchamos una palabra inmediatamente nos representamos algo. Si alguien se llama Sigfrido nos lo imaginamos probablemente rubio, y si se llama Mohamed nos lo imaginamos con tez oscura. En los libros y en las películas, sobre todo, se hacen grandes esfuerzos para que el nombre de los malos suene realmente mal y el de los buenos bien. Imaginemos que el Darth Vader de *La guerra de las galaxias* se llamase Lori o Johnny. O que el nombre del Sauron de *El señor de los anillos* fuese Heinz o Benjamín. O que Harry Potter se llamase Voldemort y este se llamase Lord Harry.

Podría decirse que los nombres nos «hablan». Por eso también los padres se esfuerzan casi siempre en poner nombres «bonitos» a sus hijos. A veces se consigue, a veces no. Porque ¿quién sabe qué nombres sonarán bien o mal dentro de veinte años? Nuestro cuarto esclarecimiento filosófico es el siguiente:

Nuestro modo de nombrar las cosas influye en nuestro modo de percibirlas y en los sentimientos que desencadenan en nosotros. Pues por el sonido de las palabras conformamos significados y sentido.

Pero ¿somos los seres humanos los únicos que hacemos esto? ¿No lo hacen también los animales? También en el mundo de los animales hay significados, y quizá exista incluso un lenguaje animal…

= ¿Qué se sentirá siendo un zorro volador?

En el parque zoológico

¿Qué se sentirá siendo un zorro volador?

Desde el punto de vista de Oskar, lo más bonito de Berlín es que haya dos zoos: el zoo de la ciudad en el oeste y un gran parque zoológico abierto en el este. La razón de que existan dos zoos es que Alemania se dividió tras la Segunda Guerra Mundial. El oeste de Berlín pertenecía a la República Federal Alemana (RFA) y el este a la República Democrática Alemana (RDA). Dado que el zoo berlinés quedó en la República Federal, el gobierno de la República Democrática decidió construir otro en la parte oriental de la ciudad. Y el resultado fue espectacular. El parque zoológico del este de Berlín es el zoo urbano más grande del mundo y sin duda uno de los más bonitos. Especialmente impresionante es el poderoso edificio Alfred Brehm de depredadores. Pero aquí no solo viven grandes felinos, sino que también hay un gran pabellón tropical de pájaros multicolores. Y de zorros voladores. Durante el día estos extraños camaradas permanecen colgados de las hojas de las palmeras, con los pies firmemente agarrados a ellas y la cabeza hacia abajo, envueltos en las alas de su piel. Pero cuando comienza a caer el día vuelan dando vueltas por el pabellón, con aletazos lentos y pesados, como pequeños dráculas.

—Oskar, ¿recuerdas que te conté que yo capturé zorros voladores?

—Sí, en Filipinas, con mamá.

—En una estación de investigación en la isla Panay. Los investigadores habían extendido una red al anochecer en un claro del bosque. Y por la noche liberamos de la red a los zorros voladores. Después los científicos los analizaron.

—¿Eran simpáticos los zorros voladores?

—Algunos sí, parecían pequeños animales de peluche. Pero otros eran realmente auténticos dráculas. Sobre todo los negros pequeños. Gritaban y mordían con sus grandes colmillos.

—Pero los zorros voladores no comen carne…

—No, necesitan los colmillos para abrir frutas. Pero lo que quiero saber realmente es esto: ¿Puedes imaginarte qué sentirías siendo un zorro volador?

—No sé…

—Después de ver tus películas de dinosaurios juegas a menudo a ser un dinosaurio, ¿no?

—Sí.

—Es decir, te metes dentro de la piel de un dinosaurio, por decirlo así.

Andas encorvado hacia delante y ruges como los dinosaurios de las películas. ¿Podrías imaginarte lo mismo con un zorro volador?

—Volar sí, papá. Pero estar colgado con los pies hacia arriba en una rama… No sé. Más bien no. Entonces todo estaría al revés. Y, papá, ¿los zorros voladores se orientan también por el eco, como los murciélagos?

—La mayoría no. Solo un grupo especial: los rosette. Crean sus ecos haciendo ruidos con la lengua como un clic, más o menos como chasquidos. Pero ningún otro zorro volador necesita orientarse por el eco. Tienen grandes ojos y además pueden oler fantásticamente bien. Huelen un fruto maduro a muchos kilómetros de distancia. ¿Puedes imaginarte poder oler así de bien?

—No, papá, naturalmente que no.

—¿Ves? Otra vez estamos con el mismo problema. Muchas cosas de las que son capaces los animales apenas o ni siquiera podemos imaginarlas. ¿Sabes que esta es una pregunta muy famosa de la filosofía? La planteó el filósofo estadounidense Thomas Nagel —entonces yo tenía diez años— y el ensayo en el que lo cuestiona lleva por título: «¿Cómo es ser un murciélago?».

En el año 1974 Thomas Nagel, hoy profesor en Nueva York, publicó un ensayo con el título «¿Cómo es ser un murciélago?». Nagel no es, de todos modos, un naturalista, sino un filósofo. No quería mostrar con toda exactitud cómo viven los murciélagos, qué comen, cómo se reproducen, ni cómo funciona su orientación por el eco. Él quería saber cómo *se sentiría* uno siendo un murciélago. ¿Qué sucede en la cabeza de los murciélagos? ¿Están tristes o alegres? ¿Tienen deseos los murciélagos? ¿Tienen miedos? ¿Llegan a tener ideas? ¿Se alegran de algo? ¿Sienten estados de ánimo? ¿Puede estar un murciélago de mal humor?

En cualquier caso también los murciélagos tienen vivencias. Pero ¿cuáles? Los murciélagos son mamíferos como los seres humanos. No están tan lejos de nosotros como las ranas, arañas u hormigas. Pero ¿podemos imaginarnos cómo siente el mundo un murciélago?

Bueno, naturalmente, podemos imaginarnos cómo se sentiría uno si, con los ojos vendados y con un sistema de orientación por el eco, volara durante la noche y cazara insectos. Aunque sea muy difícil, nos lo podríamos imaginar. Pero ¿de qué valdría, al fin y al cabo, que tuviéramos una idea aproximada de lo que siente un *ser humano* imaginándose que es un murciélago? ¿Sabríamos, por ello, algo sobre lo que siente un *murciélago* siendo un murciélago?

Para los seres humanos resulta muy extraño volar rápidamente en zigzag sin ver nada, pues normalmente no hacemos nada parecido. Más bien caminamos despacio y con los ojos abiertos. Pero para el murciélago

seguramente resulta completamente normal y nada extraño volar en zigzag. No nos parece nada exquisito comer mosquitos y mariposas nocturnas, pero al murciélago probablemente le guste comer insectos. Al menos podemos suponer que no le da asco.

Así, pues, ser un murciélago es algo completamente diferente para un ser humano y para un murciélago. No sabemos cómo es ser un murciélago para un murciélago. Y seguramente los murciélagos tampoco pueden imaginarse qué es ser un ser humano. ¡Caminar, y con los ojos abiertos! Un murciélago, por ejemplo, no puede ver colores. ¿Cómo va a imaginarse qué es poder ver colores?

Así que estamos ante un enigma. No tenemos ni idea de cómo es ser un murciélago. Aunque sí podemos estar bastante seguros de que el murciélago siente *de algún modo* que es él mismo. Pero ¿cómo exactamente? ¡Eso siempre será un misterio para nosotros, los seres humanos!

—¿Crees, Oskar, que los murciélagos saben quiénes son?

—Tengo que pensarlo primero. Hummm…, no creo que un murciélago sea tan listo como un mono.

—Los seres humanos pueden reflexionar sobre cosas que ven y oyen…

—Es decir, un ser humano puede pensar en un elefante.

—Además, los seres humanos pueden reflexionar también sobre cosas que no se pueden ver u oír. Por ejemplo, tú puedes reflexionar sobre cómo te has sentido hoy en el parque zoológico.

—Sí, puedo hacerlo, papá.

—Puedes pensar en cosas que sucedieron antes. O sobre lo que ocurrirá en el futuro.

—En mi cumpleaños, por ejemplo. Y en lo que haré ese día…

—Exactamente. Pero también puedes pensar en cosas que no hay ni habrá.

—En mi mil cumpleaños, por ejemplo.

—¿Puedes hacer eso…?

—Bueno, por ejemplo, puedo pensar en que solo hay invitados viejos y en que luego comemos algo que no existe. Y en que el mundo es completamente diferente…

—¿Te imaginas algo así?

—Sí, papá, lo hago por la noche en la cama cuando no puedo dormir.

—Es muy probable que los zorros voladores no hagan eso. Seguro que en su mundo no hay cumpleaños con invitados viejos. Recuerda los peces trompa tamanduá. Se entienden entre ellos mediante ondas eléctricas… Pero probablemente nunca sabremos qué sienten y piensan al hacerlo. Y, al contrario, a los zorros voladores les resulta igual de imposible, naturalmente,

saber qué sucede en las cabezas de los seres humanos…

—Seguramente no tienen ni idea de ello.

—No, seguro que no. Estoy también bastante seguro de que los zorros voladores están concentrados en cuestiones que no tienen nada que ver con lo que pensamos nosotros de ellos. Se interesan, por ejemplo, por descubrir dónde hay fruta en un radio de muchos kilómetros. ¿Te interesa a ti también eso…?

—Bueno, quizá por los melones. O las fresas. Pero no, papá, la mayoría de las veces pienso en algo diferente.

—Yo, por ejemplo, ahora mismo estoy pensando en que debemos volver a casa. Nos queda un largo camino. Y por eso pienso en el metro y no en fruta.

Nuestro quinto esclarecimiento filosófico reza:

Todo animal piensa en la medida en que su cerebro se lo permite. Para el que puede oler bien, los olores son importantes, y el que puede ver bien comprende su mundo con los ojos. Hay «cosas de seres humanos» y «cosas de zorros voladores». Solo podemos suponer, pero no saber, lo que sienten y piensan otros seres vivos.

A veces, los seres humanos creemos que lo sabemos todo y que somos infinitamente más listos que los animales. Pero no somos en absoluto tan perfectos como creemos. Nosotros no somos capaces de percibir de ninguna manera mucho de lo que experimentan los animales. Y además con nuestro cerebro humano no siempre podemos pensar en todo a la vez. Pensamos únicamente en algo determinado y no en otras cosas…

= ¿Por qué los gorilas pueden ser invisibles?

En el metro

¿Por qué los gorilas pueden ser invisibles?

Cuando se vuelve del parque zoológico siempre se siente algo extraño. Es tan grande que se sumerge uno completamente en otro mundo. Y cuando se sale de él, el mundo se vuelve a ver de un modo completamente diferente. Una calle ruidosa de varios carriles, con muchos coches, le recibe a uno con su estallido. Y alrededor aparecen los grandes edificios de placas de cemento, fríos y grises, de Friedrichsfelde.

Rápidamente entramos Oskar y yo en la estación de metro y a través del largo túnel llegamos al andén. Unos cuantos mosaicos con animales en los azulejos del túnel recuerdan aún nuestra visita al parque zoológico. Pero las imágenes más fuertes son las que se han grabado en nuestra cabeza. Cuando Oskar ha experimentado muchas cosas después siempre necesita cierto tiempo para asimilar lo sucedido. Se sienta en el banco como soñando. Y cuando llega el tren del metro trota casi mecánicamente hasta el vagón. Nos sentamos en silencio durante un buen rato mientras el metro circula por debajo de la larga avenida de Frankfurt y de la avenida Karl-Marx. El viaje dura casi media hora. Y Oskar, a mi lado, permanece embebido todo el tiempo, lleno de impresiones y casi intratable.

Cuando salimos en Hackescher Markt le pregunto:

—¿Has visto al hombre con la bicicleta que estaba con nosotros en el vagón?

—¿Eh?

—Me refiero al hombre con camisa roja y bicicleta.

—No, papá.

—¿Cuántas personas había con nosotros en el vagón?

—Ni idea.

—Bien. Quizá esa sea una pregunta equivocada. ¿Puedes decirme los nombres de las estaciones en las que hemos parado?

—¿Eh? No.

—¿Por lo menos uno?

—No, ninguno.

—Pero si te hubiera dicho que te fijaras en la gente que había en el vagón habrías visto al hombre con la bicicleta.

—Seguro, papá.

—Y si te hubiera dicho que intentaras fijarte en las estaciones

seguramente recordarías ahora alguna.

—Sí, seguro. Al menos dos o tres. Quizá más incluso.

—Pero, dado que no te dije nada, ahora no puedes acordarte de muchas cosas. Y esto a pesar de que viste a la gente que había en el vagón y oíste el nombre de las estaciones…

—Sí, pero no me fijé en ellos. No me llamaron la atención.

—Así es. Uno tampoco se fija en lo que no le llama la atención. Aunque lo haya visto u oído. Tu cerebro incluso lo ha archivado. Tu cerebro archiva todo lo que ves, oyes, hueles, gustas y tocas. Pero tú no accedes a ello. Te lo puedes imaginar como un cajón que no se puede abrir. Las cosas están dentro, pero no se pueden coger. La causa de ello es realmente tu atención. ¿Sabes que a veces pueden suceder las cosas más raras sin que uno se dé cuenta?

Si nuestra atención está concentrada en algo determinado puede suceder que el cerebro no se haga cargo de ninguna otra cosa, aunque ocurran cosas rarísimas a nuestro alrededor. Un famoso ejemplo de ello es el experimento de dos investigadores estadounidenses de hace aproximadamente diez años. Reunieron a muchos espectadores en una sala y les mostraron una película en la que se veía cómo dos equipos jugaban al balón. Un equipo llevaba camisetas blancas y el otro negras. Ambos equipos se pasaban el balón, y este pegaba un bote en el suelo cada vez, como sucede en el baloncesto. Pidieron a los espectadores que contaran cuántas veces botaba el balón entre los blancos. No era nada especialmente difícil; la gente se concentraba en el balón y contaba: uno, dos, tres, cuatro, cinco… Cuando acabó la película los estudiosos preguntaron a los espectadores cuántas veces había botado el balón. Y dado que estos se habían concentrado bien, casi todos dijeron el número correcto.

Los espectadores estaban muy orgullosos de haberlo hecho todo bien. Pero los investigadores les hicieron otra pregunta: «¿Os ha llamado la atención algo especial durante el recuento?». La mayoría negó con la cabeza. No, ¿por qué? ¿Qué podría habernos llamado la atención? ¿Qué había de especial? Ellos habían visto dos equipos, uno de camisetas negras y otro de camisetas blancas, y un balón que botaba entre los jugadores. Nada más.

Entonces les animaron a ver una segunda vez la cinta. Pero esta vez no tenían que contar cuántas veces botaba el balón. Solo tenían que concentrarse en la película, totalmente relajados. De repente los espectadores dieron un grito. ¡En el campo de juego, entre los equipos, aparecía un gorila paseando! El gorila se bamboleaba en el centro del campo y golpeaba con las manos sobre su pecho. Naturalmente, no era un gorila

auténtico, sino una mujer vestida de gorila. Pero lo sorprendente era que se trataba de la misma película ¡y casi nadie había visto al gorila la primera vez, cuando todos estaban concentrados en contar!

Los investigadores hicieron un segundo intento. Para ello buscaron nuevos espectadores. Les propusieron la misma tarea que al grupo anterior: contar cuántos botes da el balón. Pero la gente del segundo grupo tenía que concentrarse en el equipo con la camiseta negra. Y esta vez el resultado fue diferente. Solo un tercio de los espectadores no vio al gorila. Ahora, la mujer disfrazada llamó más la atención de los espectadores del equipo negro porque el disfraz de gorila también era negro. Los espectadores del primer grupo se habían concentrado en el balón y en todo lo que era blanco y, sencillamente, habían pasado por alto al negro gorila.

—¿Puedes imaginarte, Oskar, que se pase por alto algo tan espectacular como un gorila?

—No muy bien.

—¿Sabes por qué? Imagínate un coche que circula de noche por una carretera provincial. Los sitios donde cae la luz de los faros se iluminan perfectamente. Pero el resto queda en la oscuridad. Algo parecido sucede con nuestra atención. El hombre de antes con la bicicleta, por ejemplo, se quedó en la oscuridad. Como sucedió también con los letreros de las estaciones.

—Estaba pensando en otra cosa. En el parque zoológico y cosas así.

—¿Y te acuerdas de cuando tuvimos tanta hambre en verano en vacaciones…?

—Casi nos morimos de hambre. Yo me sentía realmente mal.

—Es decir, nos concentramos solo en encontrar algo que comer. ¿O es que te fijaste en cuántos semáforos pasamos?

—No. Eso no era importante para nosotros.

—Exactamente. Cuanto más se concentra uno en un asunto determinado, menos se entera de otras cosas. De todos modos nuestro cerebro las almacena y permanecen ahí como invisibles. Por decirlo de alguna manera, en dos cajones: en el consciente y en el inconsciente. En el primero hay cosas que uno ha captado con atención y en el segundo están las cosas de las que uno se entera sin darse cuenta de ello. Esto sucede en todas las personas normales. Excepto…

—¿Excepto?

—¿Te acuerdas de que te he contado que hay «locos lúcidos»?

—Sí, ¿como aquel hombre de Los Ángeles que podía memorizar todo lo que veía? El que voló en el helicóptero…

—Exactamente, la historia de Stephen Wiltshire. Voló sobre Roma en helicóptero durante una hora, una ciudad en la que no había estado nunca. Y

después tuvo una semana entera de tiempo para dibujar todo lo que había visto durante el vuelo. Dibujó una imagen de Roma tal como se ve desde el aire. Miles de casas. Y todo se correspondía exactamente con la realidad. El número de ventanas de cada casa, cada uno de los árboles, de los semáforos…

—Eso es una lucidez realmente loca, papá.

—Sí, tanto que ha de llevar siempre gafas de sol muy oscuras, para no ver demasiado y evitar así que le duela la cabeza. Además anda siempre por ahí con un iPod y escucha música, para no oír demasiados ruidos.

—No quiero ser un loco lúcido, papá… Porque me enteraría de todas las cosas horribles. Y ya nunca podría volver a ver el mundo correctamente.

—No, tampoco yo quiero ser un loco lúcido. Y no lo somos. Un loco lúcido ya no puede distinguir lo importante de lo no importante, porque simplemente se entera de todo. Y todo resulta igualmente importante.

—Entonces ni siquiera se puede divertir.

—Es verdad, Oskar. Por eso está bien que la grandísima mayoría de lo que registra tu cerebro y el mío vaya inmediatamente al cajón bien cerrado. De todos modos sucede alguna vez que a uno se le ocurre de repente algo que había olvidado completamente. A veces viene a la cabeza como un rayo algo que parece que no se tenía dentro.

Creo que ya podemos escribir nuestro sexto esclarecimiento filosófico:

El ser humano es un animal con una atención limitada. Nuestro cerebro almacena lo consciente y lo inconsciente. Mientras que, a menudo, de lo consciente nos podemos acordar bien, la mayoría de las veces no tenemos acceso a lo inconsciente.

Mientras tanto hemos llegado a casa. Antes de abrir le digo a Oskar que eche una mirada al rótulo del timbre en el que pone PRECHT.

—¿Quién vive aquí, Oskar?

—Nosotros, papá.

—¿Quién es «nosotros»?

—Tú y yo.

—¿Y por qué sabes quién es yo? ¿Conoces a ese «yo»? ¿O solo sientes de algún modo que eres «yo»?

=¿Quién es «yo»?

En el Museo de la Técnica

¿Quién es «yo»?

El Museo Alemán de la Técnica es un imponente edificio en Berlín-Schöneberg. Antes había aquí una estación de ferrocarril de mercancías. Todavía se ven los raíles, y entre los viejos empedrados crecen plantas por todas partes. En el edificio principal hay aviones que cuelgan del techo y se pueden visitar locomotoras fuera de servicio y viejos barcos.

Una atracción muy especial es el Science Center Spectrum en un edificio anexo. En él se explican cosas complicadas como la electricidad o el magnetismo. Además hay unidades de experimentación, en las que uno mismo puede hacer sus propios experimentos. Esto resulta especialmente fascinante en la sala llamada «Percibir y ver». Este es otro de los lugares preferidos de Oskar, la llamada «casa de brujas». Consiste en un espacio cerrado, una cocina, en la que uno se sienta en un banco y de repente la casa comienza a girar. Se ve cómo se mueven las paredes y cómo el suelo desaparece bajo los pies. Y aunque el banco en el que uno está sentado no se mueve, se tiene continuamente la sensación de caer al vacío. Oskar se divierte muchísimo en la «casa de brujas», sobre todo porque yo me encuentro allí mucho menos cómodo que él.

Lo que muestran los experimentos «Percibir y ver» es que muchas cosas no son en absoluto como parecen. A veces, efectivamente, nuestros ojos nos transmiten una imagen del mundo que no se corresponde en absoluto con lo que ven los investigadores. Se cree, por ejemplo, que el cielo es azul, aunque no es así. Y en la «casa de brujas» parece que el banco se inclina hacia atrás o hacia delante, y tampoco es así. Nuestra atención solo se dirige siempre a una parte de la realidad, de la misma manera que nuestros ojos ven solo una parte del mundo. Y a veces se engañan.

Nuestros cerebros siguen siendo cerebros de monos, aunque, es verdad, de monos muy listos. Por eso podemos ver, oír, oler y gustar como monos. Si nuestros parientes más próximos fueran los tiburones, podríamos percibir las numerosas ondas electromagnéticas de que estamos rodeados. Pero no podemos. Tampoco vemos la luz ultravioleta como muchas aves. Un oso puede oler a kilómetros. Una lechuza puede escuchar desde cien metros de altura a un ratón que gatea bajo la capa de nieve. Y una serpiente puede sentir desde muy lejos el calor corporal de un animal. Nosotros no podemos hacer nada de eso. Pero sí hay algo que los seres humanos saben hacer mejor que los demás animales: pueden imaginarse cosas que no existen en absoluto. O reflexionar sobre hechos que nos han contado y que han sucedido hace muchísimo tiempo. No sabemos qué es ser un zorro volador pero es muy probable que los zorros

voladores tengan mucha menos fantasía que los seres humanos. Probablemente el ser humano es el animal con mayor poder de representación. Y la representación o idea más importante de todas las que se hacen los humanos es la imagen de sí mismo: el «yo».

Pero ¿cómo los humanos se hacen una imagen así de sí mismos? ¿Qué es eso: un «yo»? Nada más entrar en el Science Center hay dos grandes espejos en los que la imagen se deforma continuamente. Si el espejo se curva, el observador se vuelve o pequeño o grande, o aparece con pies gigantescos y brazos infinitamente largos. A pesar de ello nos reconocemos en el espejo, incluso aunque nos veamos completamente deformados. Sabemos exactamente que esa no es nuestra apariencia real, pero está claro que ¡ese soy yo! ¿Podrán hacer eso también los demás animales?

Desde hace aproximadamente cuarenta años los investigadores realizan con animales el llamado test del espejo. Se coloca a un animal ante un espejo y se intenta averiguar si se reconoce a sí mismo. ¿Se ve un perro a sí mismo en el espejo o ve un perro extraño? Pero ¿cómo averiguar eso si no sabemos qué sucede en la cabeza del perro?

Normalmente los investigadores utilizan para ello un truco. Simplemente pintan un punto rojo sobre la frente o sobre el pecho del animal. A continuación observan si el animal se toca en el punto rojo o si se interesa por el punto rojo en la imagen del espejo. En el caso de niños pequeños humanos eso sucede en el segundo año de vida. Un niño de un año no es capaz de reconocer todavía que el punto rojo de su frente está en su propia cara. Cree que ve a un niño extraño con un punto rojo en la frente. Un niño de dos años, por el contrario, ya se reconoce en el espejo y es capaz de tocar el punto rojo de su propia frente; intenta, por ejemplo, hacerlo desaparecer.

¿Cómo reaccionan los animales? La mayoría de ellos no se reconocen. Un perro ladra a un perro extraño en la imagen del espejo, para jugar con él o para ahuyentarlo. Tampoco los gatos se reconocen en el espejo. Pero hay algunos animales que se pueden reconocer igual que los seres humanos. En el zoo de Nueva York los empleados hicieron que unos elefantes se miraran a un espejo. Primero, los animales alargaban su trompa hacia el espejo buscando su imagen, pero tras un cierto tiempo el primero de los elefantes se reconoció a sí mismo, descubrió el punto sobre la frente del elefante del espejo y acabó por tocarse con la trompa en su propia frente. También se reconocen en el espejo los córvidos, por ejemplo, las urracas. Se les pintó sin que se dieran cuenta una mancha sobre su pecho blanco y se les colocó un espejo en la pajarera. En cuanto la descubrieron se interesaron inmediatamente por la mancha en su propio pecho, pero a la imagen del espejo apenas le prestaron atención.

Está claro que también los delfines se reconocen en el espejo. Cuando observan su propia imagen en él comienzan a hacer muecas y aspavientos. A los niños (y a veces a algún adulto) también les gusta hacer eso delante del espejo.

¿Y nuestros parientes más próximos, los monos? En el caso de los monos capuchinos los investigadores no están muy seguros. Unas veces parecen reconocerse y otras no. Tampoco en los monos rhesus la cosa está clara. Hasta hace poco se decía que no se pueden reconocer en el espejo. Si se les pintaba una mancha roja en la frente sin que se enteraran y se colocaba un espejo ante sus narices, apenas reaccionaban significativamente ante ello. Pero hace poco los científicos hicieron otro experimento. Les pusieron auriculares y volvieron a hacer que miraran al espejo. Y, mira por dónde, esta vez los monos reaccionaron y se tocaron inmediatamente la propia cabeza.

Por el contrario, en el caso de los orangutanes, bonobos (que son chimpancés enanos) y chimpancés, los investigadores están completamente seguros. Sin duda alguna se reconocen en el espejo. Cuando ven su imagen reflejada hacen gestos como los niños humanos y se divierten exactamente igual que ellos.

Un caso muy especial, por el contrario, son los gorilas. Después de los chimpancés y los bonobos son nuestros parientes más próximos, y por tanto también son inteligentes. Pero la mayoría de los investigadores afirman, a pesar de ello, que ¡los gorilas no se reconocen en el espejo!

¿Cómo es posible si son tan listos? Bueno, quizá sea verdad que los gorilas no se reconocen en el espejo. Pero también podría suceder algo completamente diferente. Los científicos que han observado gorilas durante mucho tiempo comprobaron que esos animales prácticamente nunca se miran uno a otro. Y si por casualidad lo hacen, vuelven a retirar la mirada rápidamente. Los investigadores suponen que con ello los gorilas intentan impedir peleas. Los gorilas son mucho más pacíficos que los chimpancés. Apenas hacen gestos y tampoco reaccionan a las expresiones faciales de otros gorilas. Dicho brevemente: hacen todo para no acercarse demasiado, intentando así evitar cualquier conflicto.

Si está claro que a un gorila su imagen en el espejo le da igual, quizá sea, pues, porque no está nada acostumbrado a reaccionar ante otra cara de gorila y, por tanto, tampoco ante la suya. Y eso significa que no sabemos en absoluto si los gorilas se reconocen en el espejo. Lo único que podemos decir es que el test les da igual, y quizá hasta les resulte un tanto molesto y desagradable.

—¿Te gusta mirarte en el espejo, Oskar?

—Sí, me gusta hacer muecas. Y poner caras raras…

—¿Puedes reconocerte en el espejo, Oskar?

—Naturalmente, papá.

—Sí, para los humanos eso es natural. Pero ¿por qué?

—Porque los humanos pueden pensar sobre ellos mismos.

—Cierto. Pero, para poder pensar sobre uno mismo, ¿no hay que saber primero quién es uno mismo, es decir, que al menos hay un «uno mismo»?

—Eso no lo entiendo, papá. Es difícil.

—No, realmente no es tan difícil. Si te pregunto ahora quién eres tú, ¿qué me respondes?

—Yo soy yo —Oskar duda.

—Sí, pero ¿cómo sabes quién eres tú?

—No se me ocurre por qué, así, de pronto.

—Aunque sabes con toda exactitud que tú eres tú, la respuesta te resulta difícil. ¿No es extraño? Te voy a dar una pista. Yo diría que sé quién soy yo porque tengo determinados sentimientos y sé que son sentimientos míos porque nadie los tiene exactamente así en el mismo momento. ¿No te sucede lo mismo a ti? ¿No eres aquel al que pertenecen tus sentimientos?

—En mi caso son más bien los pensamientos, creo.

—¿Qué quieres decir, Oskar?

—Pienso en algo determinado que nadie más piensa. Me construyo un mundo en la cabeza que ningún otro conoce.

—¿Y quién lo ha construido?

—¡Yo!

Los hombres sabemos quiénes somos porque nuestros sentimientos, pensamientos y recuerdos tienen una especie de centro: precisamente nuestro «yo». Y porque sabemos que somos «yo» somos capaces de hacer cosas increíbles. Por ejemplo, podemos reconocernos incluso cuando nos disfrazamos, cuando, por ejemplo, tenemos puesta una máscara de gorila. Nos reconocemos en espejos que deforman. Nos reconocemos en fotos de niños, de hace mucho tiempo, incluso en la imagen ultrasónica de nosotros mismos en el vientre de nuestras madres. Allí solo medimos algunos centímetros, pero sabemos con toda exactitud: ¡ese soy yo! Incluso a una radiografía de nuestros huesos la consideramos una imagen de nosotros mismos, aunque realmente no podamos reconocernos en ella por nada. Un médico podría haber cambiado la placa sin que nosotros lo advirtiéramos. De modo que el yo no consiste tanto como parece en un reconocimiento de semejanzas. Muchísimo de nuestro yo depende de lo que hayamos oído sobre nosotros mismos. Y de lo que sabemos sobre nosotros mismos.

Nuestro séptimo esclarecimiento filosófico reza:

Todos los seres humanos que no padecen ninguna enfermedad psíquica grave, o algún trastorno de ese tipo, dicen «yo» para referirse a sí mismos. Pero no es nada fácil decir qué es ese yo.

Pues…

=¿Soy yo realmente yo?

En el jardín laberíntico

¿Soy yo realmente yo?

Hoy hacemos una excursión a Marzahn. Mucha gente que no ha estado allí cree, sin más, que en Marzahn todo es horrible. Piensan en edificios de muchos pisos, cemento, pobreza y criminalidad. Sin embargo, en realidad es una parte de la ciudad con muchas caras. No solo se encuentra allí la calle que quizá tenga el nombre más bonito de todo Berlín, la «Avenida de los cosmonautas», sino que también hay un pequeño pueblo, el viejo Marzahn, y un parque de recreo gigantesco. En ese parque están los llamados «jardines del mundo». Consisten en un jardín chino, uno japonés, uno oriental y uno renacentista. Todos son maravillosos y están proyectados según todas las reglas del arte de la jardinería para servir como oasis de tranquilidad. Es realmente una sensación curiosa saber que se está en medio de un paisaje urbano de edificios altos cuando uno se detiene, ensimismado, ante un templo chino que se refleja en el agua. Y al pasar por una casa de campo coreana del siglo XV, un recinto de serenidad, uno se siente trasladado a un tiempo completamente diferente y a otro lugar. Parece que en cualquier momento va a aparecer por la esquina un viejo y sabio filósofo, con una coleta trenzada y un kimono blanco…

Pero el punto culminante para Oskar es el gran jardín laberíntico en medio del parque. Parece exactamente igual que el famoso jardín laberíntico del controvertido rey inglés Enrique VIII en su palacio de Hampton Court, cerca de Londres.

En medio del laberinto le planteo una pregunta:

—Dime, Oskar, si ahora, detrás del próximo seto, te encontraras con un chico que tenga exactamente tu aspecto, ¿cómo reaccionarías?

—Le preguntaría cómo se llama.

—Y si dice: Oskar Jonathan Precht, ¿cómo te sentaría? ¿Te parecería bien?

—¡Sería terrible!

—¿Por qué?

—Porque ser exactamente como otro es un sentimiento completamente extraño y nada agradable.

—Sí, Oskar, creo que yo sentiría lo mismo. Ya hablamos ayer en el Museo de la Técnica sobre el «yo», cuando comentábamos si nos podíamos reconocer en el espejo y por qué. Pero creo que a nuestro «yo» le corresponden aún muchas más cosas que el reconocernos a nosotros mismos en un espejo. ¿No le debemos también el que nos sintamos como algo

completamente especial, algo único…?

Imagínate que de pequeño te hubieran raptado unos extraterrestres. Digamos cuando tenías un año. Los *aliens* te proporcionan todo lo que necesitas para sobrevivir: te dan de comer y beber. No pasas frío y tienes aire saludable para respirar. También una cama para dormir. Y si caes enfermo te atienden perfectamente desde el punto de vista médico.

Pero los extraterrestres no te ponen un nombre. Simplemente no hablan contigo. Si quieren que hagas o no hagas algo te hacen señas. Dado que no hablan contigo, no tienes nombre ni apellidos. No conoces a tus padres ni a tus abuelos. No sabes en qué ciudad ni en qué país naciste. Ni siquiera sabes de qué planeta procedes. Puede ser que la nave espacial en la que vives sobrevuele tu planeta de origen sin que tengas la más mínima sospecha. Nadie te cuenta ninguna historia sobre ti ni te informa de cómo eras de bebé o de pequeño. Nadie te dice cuándo te reíste por primera vez, ni las gracias que hacías, ni por qué eso era «característico» en ti. Lo «característico» en ti no lo sabes todavía hoy. En el mundo del lenguaje de signos que utilizan los *aliens* contigo solo existen las cosas que pueden verse y tocarse: habitaciones, ventanas, planetas, estrellas, cama, comida. Señalar un vaso de agua significa «beber», y señalar una cama significa «dormir».

¿Qué significaría todo esto para ti? En ese lenguaje no hay ningún signo para mañana o para pasado mañana, tampoco para ayer o antes. No habría, pues, un pasado ni un futuro. Y, dado que no hay nombres, tampoco tienes nada en la cabeza para pensar sobre ello. Siempre vivirías únicamente en el aquí y el ahora. Tampoco te podrías inventar historias, pues te faltarían las palabras para ello. Porque sin un auténtico lenguaje no se puede hablar de cosas que no se pueden ver ni tocar. Y mucho de lo que sientes difusamente no tendría ninguna forma concreta: ni el amor, ni la fidelidad, ni la añoranza, ni la soledad. Probablemente no harías lo que 7.000 millones de seres humanos hacen cada día sobre la tierra: no dirías «yo»…

—Es verdad, papá, no se podría decir «yo». No se podría decir nada.

—No recordarías palabras ni frases, solo signos. No conoces otra cosa. ¿Qué harías, por ejemplo, si la comida no te gustara? ¿Cómo se lo comunicarías a los demás?

—¡Aaaaaaaj! —Oskar saca la lengua.

—Las palabras no tendrían significado para ti. Tampoco la palabra «Oskar».

—No existiría en absoluto para mí.

—En tu cabeza no habría ninguna idea de lo que es «Oskar», quizá solo

un sentimiento de que no eres otra persona. Pero no sabrías qué es lo que te caracteriza. Tampoco tus intereses serían los que son. Tú te interesas por diferentes cosas, ¿no?

—Por caballeros, por indios y cowboys, aves de presa, dinosaurios, «La guerra de las galaxias», Tintín, Harry Potter, Kung Fu Panda, por el fútbol, los piratas, seres fabulosos, monstruos…

—¿Conoces a otro niño que se interese exactamente por las mismas cosas?

—No.

—¿Quiénes son tus mejores amigos?

—Jasper, Jan-Paul, Ole, Lorenz, Luis, Nico.

—¿Qué haces cuando estás con ellos? ¿De qué habláis?

—Sobre «La guerra de las galaxias». Pero los otros no tienen siempre los mismos intereses.

—Pero alguno sí lo compartís, ¿no?

—A Nico le gusta el fútbol, también a Lorenz, a Jasper y a Luis.

—¿Qué sucede con los dinosaurios? ¿También los demás se interesan por ellos?

—Nico. Pero no tanto como yo.

—¿Y por las aves de presa?

—Ninguno realmente.

—Pero tú te interesas por ellas. Tú conoces, por ejemplo, aves de presa muy raras, de las que otros no han oído ni hablar…

—El cóndor californiano, el halcón aplomado, las águilas culebreras de Madagascar…

—¿Cuánta gente crees, Oskar, que conocerá esas aves, por ejemplo, en Berlín?

—¿Quizá diez personas?

—Sí, puede ser. Quizá incluso cien. Pero probablemente no más. Y, por el contrario, hay mucha gente que sabe cosas de las que nosotros dos no tenemos ni idea. Algunos conocen todos los modelos de móviles que se han construido, o todas las marcas de coches. Y hay especialistas que saben todo sobre monedas o sellos; lo que hay almacenado en su cabeza de saber y de ideas está solo en su cabeza. Cada uno es una mezcla muy rara, completamente propia.

—Es decir, ¿una especie en peligro de extinción, como si dijéramos…?

—Sí, podríamos decirlo así. Eso me gusta mucho: ¡Todo individuo es, como dices, una especie en peligro de extinción! Pero sabemos que somos tan especiales porque nos comparamos con otros. Y con ello tenemos ya nuestro octavo esclarecimiento filosófico:

Sabemos que somos diferentes de los demás. Si no existieran otros, tampoco sabríamos que además somos completamente especiales, pues nuestro «yo» surge por comparación.

Ya es hora de que vayamos a casa y de que dos especies en peligro de extinción coman algo. Mañana nos espera una excursión todavía más larga. Y además abriremos un gran capítulo completamente nuevo del libro de la filosofía. Reflexionaremos detenidamente sobre qué es lo bueno y lo malo. Y por qué unas veces nos comportamos amistosa y amablemente con los demás y otras no…

El bien y yo

En la isla de la Amistad

¿Hay moral en el cerebro?

Una experiencia maravillosa en los alrededores de Berlín es el viaje en barca por el lago de Templin. Riberas de vegetación salvaje se mezclan con viejos edificios de la época de los reyes prusianos. Se puede alquilar una canoa o un kayak y el recorrido comienza casi siempre en la isla de la Amistad, en medio de Potsdam. La isla tiene una historia agitada. En tiempos del rey Federico Guillermo I fue dividida con una alta empalizada. El soberano prusiano, conocido como el «rey soldado», quería impedir con ello que huyeran sus soldados, pues la instrucción en el ejército prusiano era tremenda y ser soldado, un trabajo horrible. Más tarde, cuando quitaron la empalizada, se abrió allí un restaurante turístico con el bonito nombre de «Isla de la Amistad». El famoso criador de plantas Karl Förster añadió más tarde un jardín en el que en cualquier estación del año hay algo que florece.

Hoy vienen muchos visitantes a la isla de la Amistad, donde además se encuentra uno de los mejores parques infantiles de Potsdam. Cuando Oskar y yo venimos aquí no podemos imaginarnos que hace tiempo la isla y todo su entorno estuviera completamente destruida. Al final de la Segunda Guerra Mundial todo el suelo estaba levantado y atravesado por trincheras. La isla de la Amistad se había convertido de nuevo en una isla de soldados.

En octubre de 2010 los vecinos de los alrededores de la calle Babelsberg tuvieron que recordar otra vez la guerra cuando 7.000 personas se vieron obligadas a abandonar sus casas. Se cerraron los jardines de infancia y los residentes del centro de ancianos también tuvieron que cambiar su casa en un breve plazo de tiempo. Ningún tren entraba en la estación de Potsdam, situada cerca, y no pasaba ningún coche por la calle.

El motivo: en el río cercano, el Nuthe, se había encontrado una bomba de 250 kilogramos. La bomba había caído en el río en la Segunda Guerra Mundial y no había explotado. Ahora era el momento de los especialistas del servicio de salvamento armamentístico de Brandeburgo. Normalmente las bombas que han quedado de la Segunda Guerra Mundial se desactivan, pero esta vez no era posible hacerlo. El peligroso monstruo estaba a 1,30 metros de profundidad.

¿Qué hacer? Si una bomba de ese tamaño explota en tierra, origina un cráter de aproximadamente diez metros de profundidad y quince de anchura. Un agujero más grande que el que se necesita para construir un edificio de viviendas. Con cuidado, los especialistas sujetaron un artefacto explosivo a la bomba. Después cogieron cuarenta pacas de paja y las llevaron por el Nuthe en una balsa hasta el punto

peligroso. En total se colocaron 9.000 kilos de paja sobre la bomba. Si explotaba, los fragmentos de la bomba deberían permanecer bajo el agua y no volar por el aire. Con mucho cuidado los hombres activaron la explosión…

Un enorme estruendo hizo temblar el aire, acompañado por un surtidor de agua gigantesco y oscuro. Temblaron las paredes de las casas en Potsdam y Babelsberg. Luego acabó todo. Los especialistas habían hecho un buen trabajo.

Cuando le cuento esto, a Oskar le entra mucha curiosidad. Quiere saberlo todo sobre cómo se desactivan bombas y sobre lo que pueden causar las explosiones. Mientras se lo explico miro más allá del jardín de la isla de la Amistad, hacia la iglesia de San Nicolás, cuya cúpula, desde lejos, me recuerda mucho al famoso Capitolio de Washington, en el que tiene su sede el parlamento de Estados Unidos, el «Congreso». Casi podría imaginar uno, pues, que estuviera en América. Y de repente se mezclan muchas cosas en mi cabeza. América, las «explosiones», la idea de que estamos en la «isla de la Amistad». Entonces se me ocurre una historia que tiene que ver con todo ello, una historia que resulta especialmente interesante también para filósofos…

El 13 de septiembre de 1848 es un día bonito. El sol de la tarde es luminoso y cálido, y Phineas Gage está trabajando desde por la mañana temprano. Gage es especialista en explosivos, el hombre más hábil y capaz de la sociedad de ferrocarriles.

Su cometido consiste en volar las rocas que obstaculizan el trazado de la nueva línea de ferrocarril. Los trabajadores están en Vermont cerca ya de la ciudad de Cavendish. Pronto los raíles estarán tendidos por los Estados de Nueva Inglaterra y los pasajeros, expectantes, podrán viajar 300 kilómetros desde Rutland hasta Boston.

Para volar las rocas los trabajadores taladran agujeros estrechos y profundos en ellas. Después echan dentro pólvora negra, altamente explosiva, y colocan una mecha. Pero antes de que comience la voladura hay que tapar la pólvora con una capa de arena, para evitar que la presión de la explosión escape por el agujero taladrado. La arena hace que la explosión se produzca en todas direcciones. Solo así puede volarse realmente la roca.

Pero ¿cómo se afirma la arena en el estrecho agujero? Esa es precisamente la tarea de Phineas Gage. Con una barra de hierro de dos metros apisona la arena sobre el agujero. Solo entonces puede encenderse la mecha. Los trabajadores se van a un lugar seguro y la roca explota.

Pero ese día de septiembre todo es diferente. Gage acaba de poner pólvora y una mecha en un nuevo agujero taladrado. Y ha encargado a su ayudante taparlo con arena. Ahora coge la barra de hierro para apisonar la

arena sobre el explosivo. Entonces alguien le habla desde atrás, Gage se vuelve e intercambia unas palabras. De forma rutinaria, hunde su barra de hierro en el hoyo sin darse cuenta de que su ayudante todavía no había echado la arena. Gage habla y ríe, y, mientras lo hace, pega en el agujero con la barra directamente contra la roca y la pólvora; al ser de hierro, la barra hace saltar chispas de la roca, ¡y una de esas chispas alcanza la pólvora…!

En ese instante estalla el explosivo. La barra de hierro traspasa la mejilla izquierda de Gage hasta llegar a su cerebro, atraviesa la cabeza y sale volando por la bóveda craneal y se estampa, a treinta metros, en el suelo embadurnada de sangre y tejido cerebral. Gage está en el suelo. El sol de mediodía brilla sobre las rocas. Los trabajadores del ferrocarril se quedan mirando sobrecogidos y paralizados por el horror. Solo unos pocos se atreven a acercarse y comprueban lo inimaginable: ¡Phineas Gage vive!

Con un agujero que le traspasa el cráneo Gage vuelve a tomar conciencia. A pesar de que sale sangre incesantemente por la herida abierta, él es capaz de explicar el accidente a sus colegas. Los trabajadores lo suben a un carro de bueyes y, sentado con la espalda bien derecha, viaja un kilómetro hasta un hotel cercano. Es un tipo tremendamente duro. Los demás trabajadores del ferrocarril se sorprenden al ver que Gage se baja del carro sin ayuda, se sienta en una silla del hotel y espera. Cuando llega el médico lo saluda con estas palabras: «Aquí tiene usted mucho trabajo, doctor».

El cráneo de Gage está hoy en el museo de la Universidad de Harvard y causa quebraderos de cabeza a la ciencia. Phineas Gage, que tenía 25 años cuando ocurrió el accidente, vivió aún 13 años con su terrible lesión en la cabeza.

Gage podía sentir, oír y ver. No se quedó paralítico ni minusválido, solo había perdido su ojo izquierdo, pero podía seguir caminando y hablando. De todos modos, ya no se le volvió a emplear como experto en explosivos. Gage encontró trabajos en granjas de caballos, pero siempre terminaban echándolo. En su impotencia, se dedicó a presentarse como atracción en ferias, y después en un museo, donde se exhibía con su barra. Finalmente emigró a Chile, donde trabajó en fincas de caballos y como postillón. En 1860 se fue a San Francisco y allí vivió como un desamparado, sin hogar ni techo. Sufría ataques epilépticos y murió a la edad de 38 años. Se le enterró junto con su barra, de la que no se había separado nunca.

¿Por qué le fue tan mal en la vida a Gage tras el accidente? La respuesta es tétrica: el trabajador de ferrocarril cambió a causa del accidente de un modo muy extraño. ¡Su carácter se hizo completamente diferente! Antes pasaba por ser el más amable de todos sus colegas, pero después del accidente nunca más volvió a ser el mismo. Se convirtió en una persona

sórdida y desalmada, mentía y engañaba sin escrúpulos, iniciaba enfrentamientos y le sobrevenían ataques de ira incontrolados. Y provocaba peleas constantemente.

¿Qué había pasado? ¿Es posible que la lesión en el cerebro convirtiera a una persona amable en un mentiroso, pendenciero y delincuente?

Entre tanto el cráneo de Gage ha sido analizado detalladamente. Los investigadores del cerebro Hanna y Antonio Damasio están seguros de que fueron destruidas partes de su cerebro responsables de cualidades humanas importantes. Creen que Gage había perdido tanto el sentimiento de responsabilidad frente a sí mismo como frente a los demás. Una determinada zona de su cerebro, la región ventromedial, junto al ojo izquierdo, desapareció entera por la explosión. Y Phineas Gage, por ello, se convirtió en un asocial.

—Bueno, Oskar, ¿qué te parece esta historia?

—¡Brutal!

—¿Puedes imaginar que una barra de hierro vuele a través de tu cabeza y te conviertas de repente en una persona realmente mala? ¿Qué crees que debemos aprender de ello?

—Hummm…, ¿a no jugar con explosivos? —Oskar ríe.

—Tienes razón. Pero ¿qué dice esta historia sobre tu cerebro?

—Que hay una zona, papá, es decir, esa región de la empatía o…

—Sí, la región ventromedial. Ese es un lugar importante en el cerebro, donde se procesan tus sentimientos. Y ahí decides lo que consideras bueno y lo que te parece malo y es mejor que no lo hagas. Pero ¿cómo realiza eso tu cerebro?

—Ni idea, papá.

—Sinceramente, yo tampoco lo sé con exactitud. No conozco a nadie que lo sepa exactamente. ¿Te acuerdas de Snork?

—¿El de la familia Mumin?

—Sí, Snork, el de los libros de los Mumin, que tanto te gustan. En uno de ellos pide al gran Mago una calculadora para saber siempre lo que es correcto o incorrecto, justo e injusto.

—Sí, me acuerdo.

—¿Y?

—No recibe ninguna.

—Exactamente. Incluso el gran Mago no puede hacer nada. Porque si se quiere saber lo que es justo y lo que es injusto, hay que recapacitar sobre muchísimas cosas.

Pero, primero, nuestro nuevo esclarecimiento filosófico:

Los sentimientos surgen en determinadas regiones de nuestro cerebro. Otras regiones son responsables más bien de los pensamientos. Aunque la mayoría de las veces se mezclan una cosa y otra. Una región importante, en la que los sentimientos se convierten en pensamientos, es la región ventromedial, porque nos ayuda a decidir qué nos parece bien y qué mal.

Pero vamos ahora a las difíciles cuestiones sobre lo que es justo o injusto, bueno o malo. Por ejemplo…

= *¿Valen más cinco personas que una?*

En la estación central

¿Valen más cinco personas que una?

De vuelta de Potsdam Oskar y yo nos apeamos en la estación central. A Oskar le gusta la estación por lo grande que es y porque en ella se pueden contemplar los trenes desde cuatro pisos diferentes. A él le parece muy raro que la estación tenga pocos años. Hasta el año 2006 la estación Zoo, mucho más pequeña, era la estación más importante de Berlín. Comparada con la estación central parece realmente diminuta. Oskar siempre quiere saber exactamente el tamaño de todo, y también si la estación central es la más grande de Alemania o incluso de Europa o del mundo entero. No es tan fácil responderle, porque ¿cómo se mide el tamaño de una estación?

La estación de ferrocarril alemana con mayor número de pasajeros es la de Hamburgo, unos 450.000 a diario. Pero la estación central de Hamburgo posee relativamente pocos andenes, las de Berlín y Frankfurt tienen muchos más. Los edificios de estaciones alemanas más grandes están en Berlín y en Leipzig y, aunque sean enormes, no son los más grandes del mundo. El mayor número de vías —nada menos que 67— lo tiene el Grand Central Terminal de Nueva York; además es una de las estaciones más bonitas del mundo, con una preciosa representación de los signos del zodíaco en el techo. Pero la estación ya no está en su apogeo; no se ven demasiados pasajeros en ella, porque a los estadounidenses les gusta más viajar en coche que en tren. La estación con mayor superficie del mundo es probablemente la novísima estación Shanghai Hongqiao en China. Y aquella desde la que salen y a la que llegan más pasajeros es la estación Shinjuku en Tokio, aproximadamente 4 millones de personas cada día. Si lo comparamos con los 300.000 viajeros que trajinan por la estación central de Berlín, estos son realmente pocos…

A pesar de todo, ese día de verano a Oskar y a mí nos parece que la estación está llena de gente. La ciudad está repleta de turistas, y nos quedamos un rato contemplando el animado ajetreo. De repente se me ocurre hacerle una pregunta. Ya que Oskar siempre quiere saber qué es lo más grande y lo mejor y cuál es lo segundo más grande, etc., ahora se tratará de saber qué es lo mejor. Pero en este caso, dado que es una cuestión filosófica, no se puede simplemente contar y medir. Cuando digo «mejor» no me refiero a más grande, sino que quiero saber qué es «más correcto» desde su punto de vista.

—Bien, Oskar, imagínate la siguiente situación: mira esa vía que hay ahí delante, en la que cinco trabajadores reparan los raíles. Y ahora imagínate

que en ese vagón que está ahí se sueltan los frenos. Comienza a andar y va a toda velocidad sobre la vía, sin control alguno, directamente hacia los cinco trabajadores. ¿Puedes imaginártelo?

—Sí, papá.

—Bien, ves el vagón sin control que va a toda velocidad. Ahora imaginemos que en la vía de más allá hubiera un cambio de agujas…

—Pero no hay ninguno…

—No, pero nos imaginamos la situación como si lo hubiera. Y que al lado está la caja de cambio. Si aprietas un botón, la aguja se desplaza, así que podrías apretarlo con toda rapidez y desplazar la aguja hacia la derecha. Y con ello salvarías la vida de esos cinco hombres en el último segundo. El vagón se desviaría a la vía de al lado. Pero hay un problema. Si el vagón gira a la derecha, atropella igualmente a un trabajador de la vía, aunque solo a uno. ¿Qué harías tú?

—Gritaría y chillaría para que los trabajadores se apartaran.

—Buena idea. Pero ¡fíjate! Aquí hay tanto ruido que nadie te oiría.

—Es verdad, papá.

—Entonces, ¿qué harías?

—Entonces —Oskar duda mucho tiempo—…, cambiaría la aguja, pero solo si no hay ningún otro remedio. Porque cinco personas valen más que una.

Durante nuestra conversación hemos ido subiendo despacio las escaleras. Tres pisos. Desde arriba se ve muy bien toda la estación. Con cuidado, miramos desde la barandilla hacia abajo, hacia las vías de la estación.

—Escucha, Oskar, tengo una segunda pregunta. Dices que cinco vidas de personas valen más que una.

—Sí, eso he dicho.

—Ahora, por favor, imagínate otra vez la misma situación. De nuevo el vagón va corriendo sin frenos por ahí abajo; y de nuevo hacia los cinco trabajadores de la vía. Pero esta vez no estás tú en el cambio de agujas. Estás aquí arriba como en una especie de puente sobre la vía. ¿Cómo podrías parar el vagón?

—Podría arrojar algo sobre la vía para parar el vagón.

—Pero tendría que ser algo muy grande, Oskar. Y aquí no hay nada alrededor que puedas arrojar. A no ser que…

—¿Qué, papá?

—Bueno, mira a ese hombre gordo que está a nuestro lado. Si lo empujáramos con fuerza caería por encima de la barandilla y probablemente iría a parar directamente a la vía delante del vagón y su pesado cuerpo lo

pararía. Y los cinco trabajadores de la vía se salvarían. ¿Harías eso?

—No soy tan fuerte como para hacerlo.

—Yo te podría ayudar. Pero tú tienes que decidir…

—¡No, papá! ¡Eso es un asesinato!

—Ya, pero antes dijiste que cambiarías de aguja, y si lo hicieras también moriría un trabajador. Y ahora dices que eso sería un asesinato. Pero el resultado es el mismo en los dos casos, uno tiene que morir para que cinco sobrevivan.

—No, no es lo mismo. Porque es una sensación horrible empujar a alguien hacia abajo. Nadie quiere que otra persona haga eso con uno.

—Sí, lo entiendo, pero insisto: tanto en el caso del cambio de aguja como en el del empujón la cuestión es que o muere uno o mueren cinco. ¿No sería correcto hacer lo mismo?

—Papá, ¿y qué harías tú? ¿Empujarías al hombre gordo?

—¡Ah, no!

—¿Y por qué no? —Oskar se alegra secretamente—. ¡Se trata de uno o de cinco!

—Porque también para mí es una sensación horrible la de empujar al hombre. Ni siquiera puedo matar una avispa sin que me dé pena.

—Yo tampoco, papá.

—¿Quieres saber, Oskar, lo que deciden la mayoría de las demás personas? ¿Si cambiarían la aguja o empujarían al otro señor?

Ambas preguntas, si cambiarían la aguja o si empujarían a un hombre gordo para salvar a cinco trabajadores de la vía, forman parte de una famosa cuestión de la filosofía. Más de 300.000 personas han respondido a esas dos preguntas. Investigadores estadounidenses las plantearon como preguntas en un test en internet. Y dejaron que la gente decidiera *on-line* qué haría. Pero los investigadores no solo consultaron a navegadores de internet, sino que plantearon esas preguntas en Estados Unidos y en China, incluso a pueblos nómadas del Sáhara e inuit del Círculo Polar Ártico. Preguntaron a niños y a adultos, a ateos y a creyentes, a mujeres y a hombres y a gentes de profesiones muy diferentes. Lo sorprendente fue que las respuestas casi siempre eran las mismas, y daba exactamente igual la religión, la edad, el sexo, la formación y el país de procedencia que tuvieran las personas.

¿Y cómo fueron las respuestas? Bueno, la mayoría de las veces no muy diferentes a las de Oskar.

Pregunta 1: casi todos los interrogados cambiarían la aguja. Asumirían la muerte de un único hombre para salvar la vida de cinco.

Pregunta 2: solo uno de cada seis empujaría al hombre gordo por encima del puente para salvar la vida de cinco hombres. La gran mayoría no lo haría.

¿No es este un resultado extraño? Se cambie la aguja o se empuje al hombre desde el puente, ¡el resultado es en ambos casos el mismo! Muere un hombre y a cambio se salvan cinco. Visto desde el balance de los muertos y de los supervivientes no hay diferencia. Y, sin embargo, sí parece que hay una. Pero ¿por qué?

Para Oskar y para mí hay una gran diferencia entre —como en el caso de la aguja — asumir la muerte de una persona o —como en el caso del hombre gordo— coger directamente a alguien y matarlo. Naturalmente, en ambos casos, como dice Oskar, se produce una «horrible sensación». Pero ese sentimiento o sensación es mucho más fuerte en el segundo caso. No somos como Phineas Gage, al que seguramente le hubiera resultado fácil empujar al gordo. Está claro que nuestra región ventromedial funciona bien. Y está claro también que la mayoría de la gente en el mundo ve esto exactamente como Oskar y como yo. De todos modos…

—Una pregunta más, Oskar.

—¿Sí?

—Si la persona de la vía de al lado no fuera un trabajador sino mamá o papá, ¿cambiarías no obstante la aguja para salvar a los cinco trabajadores?

—No, no lo haría.

—¿Por qué no, Oskar? Desde el punto de vista lógico es exactamente lo mismo si se trata de papá, de mamá o de un trabajador cualquiera. Son cinco frente a uno.

—No lo haría porque se trata de mamá. O de ti. Tampoco lo haría si se tratara de uno de mis amigos.

—Sí, yo tampoco lo haría si tú estuvieras en la vía. ¡Jamás!

Creo que con esto hemos comprendido algo importante y ganado un nuevo esclarecimiento filosófico:

Cuando tomamos decisiones morales actuamos muy a menudo sin ninguna lógica. Son más bien nuestros sentimientos los que toman nuestras decisiones sobre qué consideramos correcto o incorrecto en el trato con otras personas.

Y así llegamos a nuestro próximo tema. Existe, pues, un *derecho* moral, que lo sentimos así, a poder matar en circunstancias muy precisas, como en el caso en que decidimos cambiar la aguja para salvar a otras personas. Pero ¿existe también la *obligación* moral de matar?

= ¿Se puede matar a tía Bertha?

Ante la Charité

¿Se puede matar a tía Bertha?

Un hospital no es un lugar muy apropiado para ir de excursión, a no ser que haya que visitar a alguien. Pero la Charité de Berlín es algo muy especial. Aquí hay, por ejemplo, un museo de historia de la medicina, al que, por cierto, Oskar y yo no vamos porque temo que después él duerma mal. Ver fetos mal formados y cráneos carcomidos por enfermedades seguro que no es lo más adecuado para él. Lo que sí resulta interesante es que, al lado del gran edificio nuevo de habitaciones de los tiempos de la RDA, que puede verse ya desde lejos, hay muchas casas pequeñas de ladrillo. Esos edificios tienen más de cien años y cuentan miles de cosas de la historia de la Charité. El hospital se fundó hace ya más de trescientos años, cuando la peste azotaba a media Europa. El rey Federico I mandó construir rápidamente un lazareto, ya que se temía que también en Berlín hubiera muchos afectados por esta plaga. Entonces el recinto de la Charité quedaba todavía fuera de las murallas de la ciudad, ya que nadie quería tener en ella a personas contagiadas por la peste. Pero los berlineses tuvieron suerte y la enfermedad no entró en la ciudad. Así pues, el lazareto se convirtió en un auténtico hospital con el nombre de Charité y pronto ese hospital llegó a ser una de las mejores y más famosas clínicas de Europa. En la Charité trabajaron muchos médicos famosos como Christoph Wilhelm Hufeland, Rudolf Virchow o Ferdinand Sauerbruch. Robert Koch descubrió aquí el famoso bacilo de la tuberculosis, el temido agente provocador de esa enfermedad. De esa época, de finales del siglo XIX, son también los muchos edificios de ladrillo rojo con sus almenas y torrecitas.

Un hospital es propiamente un lugar de asistencia y paz, pero el tema que he preparado para Oskar se las trae. Es realmente muy cruel, dramático y quizá también infame. Le contaré hoy la historia de mi tía Bertha…

¡Oh, mi tía Bertha! Vaya una vieja horrible. Toda su vida ha torturado a la familia de un modo repugnante. No tiene hijos, gracias a Dios. Pero, a cambio, los vecinos tuvieron que soportar su carácter, un teatro de varias décadas a causa de los límites del solar, y a su perro, que hacía sus necesidades por todas partes en los jardines de la vecindad. ¡Sobre todo el perro! Un pequeño perro ladrador y mordedor, que ella soltaba siempre a los carteros. Sí, la odiosa Bertha.

Se me había olvidado: es rica. Riquísima incluso. Albert, su marido, murió pronto y le dejó una inmensa fortuna que ella invirtió bien: inmuebles,

valores, acciones. La tía abuela Bertha tiene muchos millones, y lo mejor de todo es que yo soy su heredero. Por desgracia, la vieja Bertha tiene una naturaleza de caballo; acaba de cumplir setenta años y está sanísima. No bebe alcohol, no fuma y ni siquiera le gustan las tartas. A la tía Bertha no le gusta nada más que el dinero. Seguramente llegará a los noventa o a los cien años y, de hecho, si vive cien años yo tendré entonces más de setenta, y quién sabe qué será de mí y si todavía podré utilizar su dinero. A veces me gustaría que la tía Bertha muriera mañana. O mejor aún: hoy mismo.

Imaginemos que la vieja Bertha tuviera que ir al hospital a causa de una tontería, nada grave; que casualmente yo conociera a uno de los médicos jefes y que fuese un muy buen amigo mío. Ese mismo día le visito y me enseña la planta en la que trabaja, la unidad para niños enfermos de cáncer. La visita es terrible. Hay muchas personitas, y algunas de ellas se van a morir dentro de muy poco. Cuando uno contempla a esos niños, acostados en sus camitas o jugando unos con otros como si no pasara nada, las lágrimas afloran a los ojos. La unidad necesita urgentemente una gran cantidad de dinero para adquirir nuevos instrumentos médicos, que permitirán que los pequeños tengan más probabilidades de vivir.

Por la tarde el médico jefe y yo charlamos en su despacho. Yo estoy todavía profundamente conmovido. Tras un cierto tiempo le hablo de la tía Bertha, que está aquí mismo, en otra unidad de la Charité. Le cuento que tiene mucho dinero y que yo soy su heredero.

Entonces le digo: «¿No sería posible que a la tía Bertha se le echara algo en la comida…?».

«¿Qué quieres decir?», me pregunta.

«Bueno», digo, «un medicamento mortal, que no huela ni sepa a nada. Un veneno que mate a la tía Bertha sin que lo note. Algo que simplemente la haga morir suavemente. ¿Hay algo así?».

«Sí», dice mi amigo, «claro que hay algo así, pero ¿qué es lo que pretendes hacer…?».

«Algo muy sencillo», digo. «Si matamos a la tía Bertha de ese modo, sin dolor, sin que se entere y sin que sufra, no hacemos nada especialmente malo. Cuando haya muerto yo heredo sus millones. Pero yo no quiero el dinero, prefiero donárselo al hospital para que podáis comprar nuevos aparatos médicos para tu unidad infantil…».

«¿Quieres decir que tendríamos que cometer un crimen?», me interrumpe.

«Bueno, yo lo diría de un modo más filosófico. Me he preguntado lo siguiente: ¿cuándo es buena una cosa? Cuando hace *felices* a las personas. ¿Y cuándo es mala una cosa? ¡Cuando hace *infelices* a las personas! ¿No es verdad?».

«Sí, quizá. No parece falso».

«¿Puedo hacer entonces algo que solo haga infeliz a *una* persona, pero felices a *miles* de ellas?».

«Bueno, no sé muy bien…».

«Apliquemos nuestra consideración filosófica a la tía Bertha: la felicidad es algo bueno y el sufrimiento algo malo. En principio puede constatarse que mi tía no trae ninguna alegría a este mundo. Solo causa sufrimientos, por ejemplo, a los vecinos y a los pobres carteros. El dinero que tiene en el banco tampoco hace ningún bien, pero si yo dono el dinero a la Charité con ello hago posible mucha felicidad. Todo lo que hay que hacer para que ese sueño se convierta en realidad es… No, no solo puedo, ¡*debo* matar a la tía Bertha! ¿Acaso no estoy incluso obligado a eliminar a la vieja? Quién sabe, quizá hasta puede que tu medicamento mortal indoloro le libre de una muerte dolorosa mucho peor. Nadie soltará una lágrima por ella. Y decir eso es incluso demasiado amable. ¿Quién no se alegraría si la vieja repugnante ya no existiera? Los vecinos tendrían por fin su tranquilidad y sus jardines limpios. Y el cartero entonces podría tener la esperanza de que fuesen a vivir a la casa personas más amables. ¿No queda así claro y conciso el asunto…?».

—¿Tú qué crees, Oskar? ¿Habría que matar a la tía Bertha?

—¿Morirían, si no, los niños del hospital?

—Sí, claro, quizá muera algún niño que no debería morir.

—Entonces, papá, quizá sea bueno que a la tía Bertha se le dé ese medicamento. Pero si eso no ayuda a los niños del hospital no debería hacerse.

—Así pues, ¿crees que en casos excepcionales está justificado matar a una persona?

—Sí, en caso de legítima defensa, por ejemplo. Cuando alguien quiere matarme a mí. O cuando un bandido quiere matar a otra persona y yo tengo un arma en la mano; entonces podría matar al bandido.

—Pero ¿qué crees que pasaría si, como en el caso de la tía Bertha, cualquiera pudiese decidir por sí mismo que debe matar a esta o a aquella persona porque no proporciona felicidad a nadie…?

—Habría guerra. O algo parecido. Y todos deberían contar con que alguien los matase…

—¿Y crees, Oskar, que eso sería un gran problema?

—Sí, bastante grande. Pronto dejaría de haber mujeres ricas y hombres ricos. Y quien matase a alguien porque no da ninguna felicidad debería contar con que es posible que a él también lo maten.

—¿Qué crees que podemos aprender de todo esto?

—… que quizá, quizá, después de todo, no se debería matar a la tía Bertha.

Creo que Oskar y yo estamos totalmente de acuerdo. Pues si matase a la tía Bertha para ayudar a niños enfermos de cáncer, provocaría una gran desgracia. Millones de personas: tías ricas, gente desagradable, gente rica en general, incluso muchos presos o disminuidos psíquicos, tendrían que contar con que en cualquier momento les pueden matar sin dolor durmiéndolos definitivamente. Entonces se desataría el pánico en la sociedad y ese pánico crearía mucha inquietud y desgracia entre la gente. Bueno, quizá tuviese suerte y no se descubriera mi asesinato de la tía Bertha. Pero si he de sentir que mi actuación es justa tendría que serlo *siempre*. Y si lo fuera siempre valdría también para cualquiera. Y quién sabe, algún día también podría alcanzarme a mí, pues mis sobrinos podrían pensar de mí lo mismo que yo de la tía Bertha. Yo mismo tampoco podría estar seguro ya de mi vida. No se puede, por tanto, calcular la pena y la alegría como si se tratara de un problema de aritmética y después tomar decisiones sobre la vida y la muerte de las personas.

Al mirar el edificio de habitaciones del hospital, a Oskar y a mí nos resulta bastante tranquilizador el hecho de que en nuestro país nadie tema que un médico le vaya a matar en secreto mientras duerme para que su dinero pueda ser utilizado para una buena causa.

Y así llegamos a nuestro próximo esclarecimiento filosófico.

El valor que tiene la vida de una persona no puede medirse por lo útil que esta sea. Pues toda persona tiene derecho a la vida sin límite alguno.

Que normalmente nos contengamos y respetemos a otras personas tiene algo que ver con el hecho de que no nos gusta ser personas malas o malvadas. Pero ¿por qué no?

= ¿Por qué los espejos molestan al robar?

En el lago Plötzen

¿Por qué los espejos molestan al robar?

A Oskar le apasiona nadar. Y Berlín tiene muchos sitios donde bañarse al aire libre. En los alrededores de la ciudad es posible encontrar lagos pintorescos en los que uno se puede bañar. Cuando no queremos ir muy lejos, Oskar y yo nos acercamos hasta el Plötzen, un lago que procede de la época glacial. En el siglo XIX ya había aquí una piscina.

La piscina al aire libre que vemos hoy es de los años veinte del siglo pasado. En aquella época las familias de trabajadores con sus numerosos hijos acudían en tromba a la playa de arena que se instaló y a bañarse en el agua verde. Los viejos edificios aún perviven hoy. Entre los redondos edificios de ladrillo y pabellones, con sus voladizos y sus tejados cónicos, uno se siente inmediatamente transportado a un tiempo anterior.

Si se nada hasta la otra parte del lago se llega a una gran terraza escalonada. Y detrás, entre los grandes árboles oscuros, se encuentra ¡un viejo cementerio! La verdad es que todo resulta un tanto lúgubre. También hay una antigua cárcel muy cerca del lago. Y un monumento que conmemora a las personas que fueron asesinadas aquí en tiempos de Hitler. Encontrar una mezcla así es normal en Berlín. Lo triste y lo alegre están muy cerca, más que en ninguna otra ciudad alemana.

A la playa se accede por una caseta pintada de color turquesa donde se compran las entradas. Pero hoy, a mitad de semana y con el tiempo algo nublado, no hay nadie. No se ve un controlador por ninguna parte.

Durante un rato Oskar y yo nos preguntamos si el vendedor de las entradas se habrá ausentado solo un momento, o es que hoy no hay ninguno porque no se esperan visitantes.

Esperamos unos minutos y no apareció nadie. Entonces nos planteamos qué hacer.

—¿Qué te parece, Oskar? ¿Vamos sin más hasta el lago?
—¿Sin pagar, papá?
—No hay nadie aquí a quien podamos pagar. ¿Quizá haya ido al baño?
—De todos modos, no podemos pasar sin más.
—¿Por qué no?
—Eso estaría mal, papá.
—¿Por qué? ¿A quién le parecería mal?
—Bueno, al encargado de la piscina y a las personas a las que pertenece.

—¿A la ciudad de Berlín? La ciudad no se entera en absoluto.

—A pesar de todo.

—¿Y si dentro de un cuarto de hora no ha llegado nadie? ¿Qué hacemos entonces?

—Ni idea, papá.

—Podemos dejar lo que cuesta la entrada aquí, en la caseta, en alguna parte…

—No. ¿Y si alguien lo roba?

—¿Por qué tienes tantos reparos en pasar simplemente? Nadie nos ve y nadie nos descubrirá.

—Porque a uno mismo le causa una mala sensación pasar sin más, sin haber pagado la entrada.

—Volvemos a lo mismo. Es ese sentimiento horrible que se tiene cuando al hacer algo que no es correcto…

—Exactamente, papá.

Tras un cuarto de hora convenzo a Oskar para que de todos modos vayamos al lago. Quedamos en que cuando viéramos al encargado de la piscina le llamaríamos y le explicaríamos por qué no tenemos entradas. Poco después nos metemos en el agua y nadamos entre las carpas hasta el otro lado. Mientras tanto me dirijo a Oskar insistiendo en nuestra conversación en la caseta de las entradas. Se me ocurre un experimento que se hizo en Estados Unidos…

El día de San Martín los niños alemanes pueden ir pidiendo por las puertas de las casas y en los comercios. Llevan faroles y cantan canciones para que les den caramelos como recompensa. Los niños en Estados Unidos no hacen eso en San Martín, pero en Halloween hacen algo muy parecido.

Hace algún tiempo dos investigadores comenzaron a interesarse por la reacción de los niños ante determinada situación. La cuestión que se plantearon no era nada lisonjera para los niños. Lo interesante para aquellos no era que pidieran, más bien querían saber en qué circunstancias los niños robaban caramelos y cuándo no lo hacían.

Los niños observados iban inocentemente de puerta en puerta pidiendo caramelos. Los habitantes de las casas de esta pequeña ciudad estadounidense estaban al corriente de este plan: los investigadores habían pedido a las amas de casa que no les dieran simplemente unos cuantos caramelos a los niños. ¡En lugar de ello debían incitarles a robar!

Cuando llegaba un grupo de niños ante una casa la dueña los saludaba y, en lugar de darles algo, les señalaba una cesta con caramelos situada ante la puerta de entrada, de la que cada uno podía coger un único caramelo. La mujer volvía a entrar a la casa y los niños se quedaban entonces solos ante

la cesta repleta de caramelos. ¿Qué harían? ¿Se aprovecharían de la situación y se llenarían los bolsillos de esos caramelos que nadie vigilaba?

Pues bien, el robo de caramelos dependió de algo curioso. En algunas casas se había colocado un gran espejo detrás de la cesta de caramelos y en otras no. Si los niños querían meterse caramelos en el bolsillo, en aquellas casas se veían en el espejo al hacerlo.

El resultado fue que cuando los niños tenían que verse a sí mismos robando casi siempre se acobardaban y no lo hacían. Sin embargo, en las casas en las que no había espejo, robaban caramelos con bastante frecuencia.

—¿Qué piensas de ello, Oskar?

—Yo no robaría en ningún caso.

—¿Puedes imaginarte que haya una diferencia si miras al espejo o si no?

—No lo he hecho nunca —dice dudando—, así que no puedo imaginármelo realmente.

—Piensa que eres uno de esos niños. Y que todos los demás se llenan los bolsillos. ¿Realmente serías el único en no hacerlo?

—Me lo estoy pensando, papá —reflexiona—. Creo que reprendería a los otros, pero no me chivaría.

—¿Porque también es una mala sensación delatar a otros?

—¡Delatar a alguien es de idiotas, papá!

—¿Y estás seguro de que tú en ningún caso…?

—En ningún caso no diría.

—¿En qué caso quizá sí lo harías? ¿Cuándo estuvieras totalmente seguro de que no te descubren y todos los demás niños también roban? ¿Incluso mucho?

—Pero yo cogería muy pocos caramelos…, si es que lo hago. Porque al robar coges cosas de otros, cosas que quieren tener ellos. Y entonces se entristecen porque son suyas. Esa sería la causa de la mala sensación que se tiene al robar.

—Describe esa mala sensación.

—Se nota dentro de uno que se ha hecho algo malo.

—¿Por qué es eso tan desagradable?

—Porque entonces te quedas triste por dentro y te imaginas cómo te sentaría que te robasen los caramelos a ti mismo.

—Hay gente que no tiene ese problema. Pero a papá le sucede lo mismo que a ti. Una vez les quité una piedra semipreciosa a otros niños, una pequeña amatista. Me parecía tan bonita que me la metí en el bolsillo sin que se dieran cuenta. Tenía diez años. Aún sigo teniendo hoy la piedra, pero cuando la miro no pienso: ¡qué bonita es!, sino: realmente no me pertenece.

Pertenece a dos chicos con los que jugaba entonces. Y se la robé.

Creo que hemos aprendido mucho. Primero, que no está bien robar, porque si lo hacen todos nadie estará satisfecho con su vida. Si todos hacen trampas para entrar en la piscina sin pagar, la ciudad no recibe dinero y tendrá que cerrar la piscina algún día.

Pero también hemos aprendido otra cosa. Cuando uno se observa a sí mismo mientras roba piensa mucho más en lo que está haciendo realmente, es decir, es más difícil evitar la sensación de que uno está haciendo algo equivocado en ese momento.

Lo tercero que hemos aprendido es que cuando otros hacen algo equivocado no nos resulta tan desagradable hacerlo también nosotros, a pesar de que en realidad es exactamente lo mismo que robe yo solo o que robe con los demás. Es y sigue siendo robar, pero no parece tan grave.

¿Por qué? Porque siempre se compara uno con los demás. Tú, Oskar, has dicho que no robarías. Y si todos los demás lo hacen, probablemente tampoco lo harías, pero solo probablemente, aunque la probabilidad sea muy poca. Y en ese caso robarías incluso menos que los demás. Esto te ayuda a sentirte mejor aunque hayas hecho algo equivocado.

Esa «desagradable sensación» al robar viene, a propósito, del hecho de que se puede reflexionar sobre uno mismo y se hace una imagen de qué clase de persona es. A casi todas las personas les gustaría ser buenas, aunque a menudo no sean en absoluto tan buenas como ellas mismas creen. Precisamente porque evitan pensar en lo que hacen, y porque al compararse con este o con aquel piensan: no soy tan malo…

Nuestro nuevo esclarecimiento filosófico reza:

Las personas pueden reflexionar sobre sí mismas. Tienen una imagen de sí mismas. La mayoría de las veces intentamos vivir de modo que la imagen que tenemos de nosotros no sufra merma. Pero a menudo también nos engañamos a nosotros mismos por evitar pensar en lo que no nos gusta de nosotros y por compararnos con los demás.

Sin embargo, el hecho de que a menudo intentemos hacer el bien y nos esforcemos por conseguirlo no solo depende de nuestra autoimagen. Pues la mayoría de las veces pensamos también que en la vida nos va mejor si no hacemos demasiadas cosas reprobables. Creemos que la vida nos premia por ello. Pero…

= ¿Estropean las recompensas el carácter?

En la zona RAW

¿Estropean las recompensas el carácter?

Lo que hace que Berlín sea diferente son sus muchas superficies no edificadas. Por todas partes se encuentra algo abandonado en la ciudad, restos de otros tiempos. A menudo se trata de viejas fábricas a través de las cuales hoy silba el viento. O de zonas donde antes estaba el muro de Berlín y que ahora han quedado vacías.

Con frecuencia se reúnen en esos sitios personas a las que les gusta dar rienda suelta a su fantasía. Unos construyen sus talleres o estudios en viejas naves de fábricas, otros buscan en ellas lugares de ensayo para hacer música, y los *skaters* se fabrican allí sus pistas. Estas personas no hacen eso para ganar dinero, sino simplemente porque quieren desahogarse y divertirse con lo que hacen.

Un lugar muy especial de este tipo es la zona RAW en la calle Revaler de Friedrichshain. RAW es la abreviatura de una palabra casi impronunciable: *Reichsbahnausbesserungswerkstatt* (taller de reparación de los ferrocarriles del imperio). Hace casi 150 años se reparaban aquí locomotoras y coches de tren. Pero hoy apenas se conserva nada de ese «Taller central real prusiano de ferrocarril Berlín II» de la estación del este. Los edificios que hay en el recinto son de finales del siglo XIX y de la época siguiente. En el momento de auge del transporte ferroviario en Berlín trabajaban aquí más de mil personas. También la RDA utilizó esta factoría. Tras la reunificación alemana se cerró porque ya no se necesitaba y ahora funciona un solo pabellón en un extremo de la zona.

En el resto del RAW se instalaron rápidamente personas con ideas fantásticas. Se creó un rastro y una asociación cultural, y jóvenes y niños consiguieron tener aquí un espacio libre, frente al que casi cualquier parque de juegos de la ciudad resulta aburrido. Las dos atracciones más especiales del recinto son el pabellón de *skater* y un antiguo búnker de la Segunda Guerra Mundial, que con mucho esfuerzo y cuidado se transformó hace un par de años en una torre de escalada de casi veinte metros. No hay una pared de escalada más alta en todo Berlín. Y ninguna ofrece tantas posibilidades diferentes de llegar hasta la cima del búnker. Y una vez que se llega se goza de una vista fantástica sobre la ciudad.

Desgraciadamente Oskar es todavía demasiado joven para el búnker. Incluso resulta difícil escalarlo a jóvenes de cierta edad y a adultos. A cambio, a la vuelta de la esquina hay una pared de escalada para niños, pero tampoco es muy fácil subirla. Oskar tiene que esforzarse al máximo para intentar ascender uno o dos metros. Con la cara muy roja pende de los salientes para agarrar las manos y sujetar los pies.

Finalmente consigue subir un trozo. Después, mientras tomamos un helado en un patio que hay junto al búnker, le pregunto:

—Dime, Oskar, ¿te habrías esforzado aún más en subir si te hubiera prometido un helado por hacerlo?

—Papá, entonces tú sí que no te merecerías un helado.

—¿Por qué no?

—Porque no has escalado.

—No puedo hacerlo. Y menos en una pared así. O sea, te hubieras esforzado lo mismo.

—Claro, papá, yo quería subir hasta arriba.

Claro, cuando se hace algo con gusto, no se necesita ninguna recompensa por ello. Pero si no nos gusta hacerlo, entonces la recompensa sirve como aliciente para esforzarse. ¿Y cómo funciona eso con la ayuda? Cuando hacemos un favor a otros que necesitan nuestra ayuda, ¿lo hacemos libre y gustosamente? ¿O lo hacemos por recibir una recompensa?

Los investigadores Felix Warneken y Michael Tomasello quisieron saberlo con exactitud. Para ello hicieron muchos experimentos con niños pequeños y los filmaron.

En uno de los experimentos hay un hombre que quiere colocar una gran pila de libros en un armario. Tiene la pila de libros en las manos y está delante del armario, pero las puertas están cerradas. Lo intenta en vano varias veces golpeándose contra el armario. Un niño pequeño, de 14 meses, que está empezando a andar, contempla la situación. De repente va decididamente hasta el armario y abre las puertas. A continuación mira amablemente al hombre. «¡Ahí tienes!», parece pensar, «¡tus puertas ya están abiertas!». El niño pequeño había ayudado al hombre de los libros sin haber recibido recompensa alguna por ello.

Los investigadores hicieron más experimentos. A un hombre que se le cae de la mano un rotulador fosforescente y no puede recogerlo desde su silla de nuevo le ayuda un niño pequeño que coge el rotulador y se lo da al hombre. A otro hombre se le cae una esponja y también le ayuda un niño pequeño. Todos los niños pequeños se muestran espontáneamente dispuestos a ayudar.

Lo mismo les sucedió a los investigadores con los chimpancés. También estos ayudaron en todo lo que podían, libremente y sin recompensa.

Los hombres y los chimpancés están dispuestos a ayudar por naturaleza. ¡Pero hay muchos niños de más edad y muchos adultos que no lo están!

¿Por qué?

También a esa pregunta encontraron una respuesta los investigadores. En un segundo experimento repartieron en tres grupos diferentes a niños pequeños de veinte meses. Cada vez que un niño del primer grupo se mostraba dispuesto a ayudar recibía un juguete como recompensa. Si los niños del segundo grupo estaban dispuestos a ayudar, se les alababa mucho. Y los niños del tercer grupo no recibían ninguna recompensa por su ayuda. ¿Cuál fue el resultado?

Los niños del segundo y del tercer grupo siguieron mostrándose todo el tiempo y del mismo modo dispuestos a ayudar. Pero ¿qué sucedió con los niños a los que se recompensó con un juguete? ¡Su innata disposición a la ayuda fue arruinada casi por completo en poquísimo tiempo! Es decir, ya solo ayudaban a los adultos con la condición de ser recompensados por ello. Si no había recompensa los niños tampoco ayudaban. Una disposición *incondicional* a ayudar se había convertido en una disposición *condicionada*.

A una conclusión parecida llegó el investigador Richard Fabes en Estados Unidos. Fue a una escuela de primaria y llevó un gran montón de papeles de diferentes colores. Entonces pidió a los niños que los clasificaran. Él vendería los papeles clasificados y daría el dinero a un hospital de niños con enfermedades graves.

A otro grupo de niños les puso la misma tarea, pero esta vez no se habló de dar el dinero a los niños enfermos. En lugar de ello se prometió ofrecer un pequeño juguete a los niños de la escuela primaria como recompensa por su trabajo de selección.

Ambos grupos cumplieron celosamente la tarea. Cierto tiempo después Fabes volvió a pedir ayuda a los niños, pero esta vez no dijo nada de niños enfermos al primer grupo, ni prometió una recompensa al segundo.

El resultado fue el esperado: mientras que el primer grupo seleccionó los papeles con tanto celo como la primera vez, el segundo actuó bastante desmotivado. Los niños apenas hacían esfuerzos y perdieron rápidamente las ganas…

El mensaje está claro: ¡las recompensas materiales estropean el carácter! A quien está acostumbrado a hacer cosas mediando recompensa le resulta muy difícil después hacer lo mismo sin ella. Es obvio que la conexión entre disposición a la ayuda y recompensa material no es innata en nuestro cerebro. Más bien lo que sucede es que en nuestra niñez se nos educa de tal modo que llegamos a acostumbrarnos a ello.

—¿Qué te parece, Oskar? ¿Por qué los niños que seleccionaron el papel

por el bien de los niños del hospital estaban más dispuestos a hacerlo por nada que los otros niños que habían recibido un juguete por hacerlo?

—Bueno, porque tampoco la primera vez habían ganado nada.

—Sí, al menos ninguna recompensa material. Quizá solo la satisfacción de ayudar. Pero, dime, también yo a ti te prometo a veces recompensas. ¿Se te ocurren cuáles?

—Que me dejes ver una película, por ejemplo. O me compres un tebeo de Tintín.

—¿Es realmente bueno, Oskar, que te prometa cosas así para motivarte? Que te diga, por ejemplo: si sacas un diez en matemáticas conseguirás un juego de construcción de «La guerra de las galaxias», digamos que el de la «Estrella de la muerte».

—Esa es una mala recompensa, porque resulta exagerada.

—¿Por qué exagerada?

—Porque la «Estrella de la muerte» cuesta mucho dinero y es gigantesca y todo por sacar un diez en matemáticas.

—¿Sabes por qué papá nunca haría eso?

—Porque el juego de la «Estrella de la muerte» sería demasiado caro.

—Sí, es caro, pero quizá no demasiado caro. Tengo un motivo más importante. Te gustaría, por ejemplo, llegar a ser un futbolista fantástico. ¿Por qué realmente? ¿Por mí, para impresionarme?

—No, no.

—¿No?

—No, sino porque yo mismo lo quiero.

—¿Porque te imaginas que sería fantástico para ti ser un superfutbolista?

—Sí, exactamente. Sería fantástico.

—Existe entonces una segunda razón por la que uno se esfuerza: porque uno mismo quiere.

Ya tenemos, pues, un nuevo esclarecimiento filosófico:

Existen dos razones diferentes por las que uno se siente motivado a hacer algo. Una, porque uno mismo lo desea. Y otra, porque se le recompensa por ello. Pero cuando siempre se recompensa a alguien en algún momento puede suceder que esa persona ya no sepa en absoluto lo que quiere.

A veces, lo que nos importa para hacer algo no tiene nada que ver con recompensas, sino con que otros nos castiguen por no hacerlo. Por ejemplo, cuando no cumplimos reglas importantes de convivencia o cuando no nos comportamos correctamente con los demás. Pero, en realidad, ¿qué es ser «correcto»? Para

reflexionar sobre este asunto iremos mañana a un lugar en el que los niños pueden sentirse realmente a gusto…

= *¿Qué es correcto?*

En el «Kolle 37»

¿Qué es correcto?

De todos los parques infantiles que Oskar conoce en Berlín, su preferido, sin duda, es el «Kolle 37». Su nombre viene del lugar en el que se encuentra, en la calle Kollwitz, número 37, en Prenzlauer Berg, una zona del este de Berlín. No es un parque infantil cualquiera; es un parque de aventuras modélico. Ya en la época de la RDA aquí había coches de juguete en los que los niños podían alborotar a gusto. Un año después de la caída del muro se fundó una asociación que se encargó de que se creara un lugar de juego para niños, en el que pudieran divertirse, hacer trabajos manuales y construir libremente. No tenía que ser un parque acabado, sino que se esperaba que los niños configurasen ellos mismos el lugar. Los adultos no pueden entrar en el espacio reservado a las obras; solo uno o dos tutores atienden un poco a los niños, proporcionándoles material de construcción y consejos. Provistos de maderas y martillos, puntas y serruchos trabajan aquí solos. El resultado hasta ahora son cabañas fantásticas, la mayoría de ellas incluso de varios pisos. Quien no quiera construir puede perfectamente jugar al juego de Pipi Calzaslargas: «Nadie puede tocar el suelo»; este es el juego preferido de Oskar: trepar de cabaña en cabaña sin tocar el suelo. Pero en este parque hay muchas más ofertas: un lugar donde se puede guisar y hornear, hacer alfarería, forjar hierro, hacer tareas de carpintería, trabajar con fieltro y tejer. También uno se puede ocupar de algunos animales «apadrinándolos»: cobayas, liebres y conejos. Con todo ello la asociación que se encarga del «Kolle 37» quiere ayudar a los niños a aprender a ser responsables, pues aquí cada niño puede ser responsable de muchas cosas; no solo de dar comida a los animales y de que los establos estén limpios, sino también de mantener buenas relaciones con los demás niños y no pelearse por el material de construcción o entrometerse en las cabañas en las que trabajan otros niños. Dicho brevemente: las madres y los padres que cuidan del parque de construcción quieren que aquí todo transcurra correctamente, con buenas formas. Pero ¿qué es propiamente «corrección»?

—¿Sabes lo que significa la palabra «correcto»?

—Bueno, no es correcto, por ejemplo, que, si hay veinte futbolistas, diez buenos y diez malos, los buenos jueguen contra los malos.

—¿Piensas que el que el FC Barcelona juegue contra el FC Colonia es incorrecto?

—Sí, cuando juegan solo buenos contra malos. Esto sería, por ejemplo, totalmente incorrecto.

—Sí, sería incorrecto. Pero ¿por qué saben las personas qué es correcto y qué no? Los peces dorados seguro que no lo saben. Pero las personas sí.

—Bueno, ya, pero no todas las personas se comportan correctamente…

—¿Podrían comportarse correctamente todos los seres humanos? ¿Hay algo dentro del ser humano que le haga correcto?

—No lo creo, papá.

—Bueno, entonces te contaré una historia…

¿Son los seres humanos «correctos» por naturaleza? Alguien que se ha ocupado durante mucho tiempo de esa cuestión es el holandés Frans de Waal. Es un investigador del comportamiento que observa a los monos; pues si nuestros parientes más próximos en el reino animal son capaces de algo, quizá nosotros también. Realizó sus experimentos más famosos hace diez años y los hizo con monos capuchinos, que son los monos estrella entre todos los monos de América del Sur. Los espabilados habitantes de los árboles de la selva tropical del Amazonas tienen una vida especialmente larga; con aproximadamente cincuenta años de vida llegan a tener más o menos la edad de los homínidos. El tamaño y el peso de sus cerebros son extraordinarios y son muy amables y pacíficos. No extraña, pues, que sean apreciados desde hace mucho tiempo por los humanos: como animales de casa, acompañantes de organistas de manubrio, como estrellas de cine y como ayudantes de personas minusválidas.

De Waal y su colega Sarah Brosnan querían averiguar si los capuchinos esperan que se les trate *correctamente*. Colocaron dos monos en una jaula. Al principio el mundo todavía estaba en orden para los capuchinos. Los investigadores les echaron fichas de juego en la jaula y, si los monos devolvían esas fichas, recibían a cambio un trocito de pepino o una uva. Los pepinos les gustan algo a los capuchinos, pero las uvas les encantan. Es probable que a la mayoría de las personas les ocurra algo parecido. Si recibiera una uva habría suerte, pero si recibiese un pepino…, ¡bueno!

Después los investigadores hicieron una nueva serie de experimentos. Y esta vez se volvieron incorrectos. Pues ahora uno de los dos monos recibía siempre por sus fichas un trozo de pepino, y el otro, por el contrario, recibía siempre una uva, mucho más rica. Aquel al que se le despachaba con un trozo de pepino podía observar perfectamente que a su compinche se le daba una recompensa mucho mayor por la misma prestación: devolver la ficha.

¿Qué sucedió? Ya al poco tiempo el mono que recibía el aburrido trocito de pepino perdió las ganas y se negaba a seguir jugando. Las fichas quedaban ahora sin más en la jaula. Pero cuando se puso realmente de muy mal humor fue al contemplar que a su compañero le daban uvas sin hacer

nada a cambio, mientras que él debía seguir trabajando si quería pepinos. Entonces comenzó a chillar salvajemente y a lanzar sus fichas a los molestos investigadores.

¿Cómo puede ser que un trozo de pepino, que antes se deseaba, perdiera su valor en tan poco tiempo? Está bien claro que los animales compararon su propia recompensa con la de los otros. Y que esperaban recibir la misma remuneración por la misma actividad. Cuando esto no fue el caso surgió en ellos un sentimiento de disgusto: el sentimiento de no ser tratados «correctamente», de no jugar limpio, podríamos decir.

Los monos capuchinos no son nuestros parientes más cercanos, pero a pesar de todo podemos aprender algo de su comportamiento. También ellos sienten que deben ser tratados por los demás de cierta manera. Nosotros, los humanos, sentimos que algo es «incorrecto», algo que también sienten los monos. En otras palabras, esto significa que sentir que algo es injusto o incorrecto se basa en nuestra naturaleza.

Y sin embargo hay una diferencia importante: es verdad que los capuchinos mostraron un fino sentido para lo que es incorrecto, pero ¿significa eso que saben realmente también lo que es correcto y justo?

¿No habría sido correcto que el mono al que se le daban uvas hubiera dado al otro la mitad de sus uvas? ¡Pero ninguno de los monos las compartió voluntariamente! Nosotros, los humanos, sí lo hacemos, al menos algunos de nosotros. Los capuchinos no lo hacen. Esa es la diferencia entre ellos y nosotros. Los monos, aunque tengan un sentido para lo *incorrecto*, no tienen sentido alguno para lo *correcto*.

—¿Qué te parece todo esto? ¿Saben los monos capuchinos qué es correcto?

—Creo que sí.

—¿Crees que un sentido de lo incorrecto es lo mismo que un sentido de lo correcto?

—El mono de los pepinos encuentra que eso es incorrecto. Pero el de las uvas lo encuentra perfectamente correcto.

—Eso me parece a mí también. Si el mono al que se le dieron uvas sin que tuviera que hacer nada para ello poseyera un sentido de lo que es correcto, ¿qué haría?

—Pues el mono de las uvas le hubiera dado al otro, al menos, unas cuantas uvas.

—Exactamente. ¿Sabes a qué me recuerda esto?

—No.

—A nuestras batallas con almohadas. Cuando tenías cinco años jugábamos con ellas todas las noches en la cama. Y si yo estaba en una buena

posición y te había dado una buena paliza con la almohada, ¿sabes lo que gritabas?

—¿Hummm…?

—¡¡¡Papá, eso no es juego limpio!!! ¿Y sabes qué era para ti juego limpio o lo correcto? ¡Que fueras tú el que ganara!

Lo que consideramos incorrecto lo sabemos ya con cinco años. A esa edad somos como los monos capuchinos, percibimos cuándo alguien nos trata incorrectamente, pero lo que es correcto lo aprendemos más tarde. En la guardería y en la escuela aprendemos que lo que nos parece incorrecto también es sentido así por otros niños. Y solo entonces, cuando entendemos eso, aprendemos el comportamiento correcto. También aprendemos más tarde algunas otras cosas al respecto, pero no todo el mundo se hace después completamente correcto y justo. Las personas que son exactamente igual de sensibles y correctas con los demás que consigo mismas, incluso de adultos, son probablemente muy escasas en todas partes del mundo.

Nuestro siguiente esclarecimiento filosófico reza:

Los seres humanos tienen un sentido innato de lo que es incorrecto con respecto a sí mismos. Pero solo más tarde aprenden que los demás quieren ser tratados exactamente igual que ellos mismos. Y eso en caso de que aprendan bien.

Que los seres humanos sepan comportarse correctamente es muy bonito. Pero ¿hemos de comportarnos correctamente solo con los seres humanos? ¿No debemos intentar hacerlo también con otros seres vivos? ¿Por ejemplo, con los animales?

= ¿Se pueden comer animales?

Ante el puesto de salchichas Konnopke

¿Se pueden comer animales?

¿Quién inventó la salchicha con salsa de curry? Una cuestión difícil. Unos piensan que la inventó la vendedora de salchichas Lena Brücker, en Hamburgo. Otros creen que la inventora fue Herta Heuwer, en Berlín. Pero lo único que se sabe es quiénes regentaron el primer puesto que vendía la salchicha al curry en Berlín Este. Max Konnopke y su mujer Charlotte fueron los que en 1960 inventaron su *currywurst* berlinesa-oriental según receta propia. Antes, de jóvenes, se ponían en la calle ofreciendo salchichas en una bandeja colgada del cuello (una «tienda de barriga») por las noches. Por el día estaba prohibido vender salchichas. Durante la guerra, cuando apenas había carne, vendían una especie de tortita de patatas, y después de la guerra los Konnopke pudieron comprar un puesto de salchichas móvil, una furgoneta que colocaron bajo la vía elevada del tren de cercanías, en la esquina de la avenida Schönhauser con la calle Danziger. Su hijo Günter, que trabajaba en una carnicería en Berlín Oeste, descubrió allí algo que no se conocía aún en el este de la ciudad: ¡la salchicha al curry! Y así fue como los Konnopke comenzaron a producir la salchicha al curry berlinesa-oriental, según una receta familiar celosamente guardada. El puesto de salchichas en el este de la ciudad se convirtió en una atracción. Y la señora Waltraud, hija de Günter, fue considerada algo así como la «madre de la compañía» en el Prenzlauer Berg, y permaneció en el puesto vendiendo la famosa *currywurst* hasta su muerte en 2009.

Después de jugar en el parque infantil de construcción Oskar está realmente hambriento, de modo que nos vamos a la avenida Schönhauser y nos tomamos una salchicha. Hambrientos, devoramos nuestra comida de pie en una mesa alta ante el chiringuito. Pero también aquí puede plantearse una cuestión filosófica. ¿Es realmente correcto lo que estamos haciendo? ¿Comer una salchicha? ¿No se hacen las salchichas de carne de cerdo? ¿Y no nos deberían dar pena los pobres cerdos? ¿Qué tal si cuento una breve historia…?

Imagínate que un día aterrizan en nuestro planeta seres extraños que vienen del universo. Seres como los de la película de Hollywood *Independence Day*. Son increíblemente inteligentes y superan con mucho a los humanos, pero entre ellos no hay ningún presidente temerario en un avión de combate, ni un genio ignorado paraliza los ordenadores extraterrestres con virus terrestres. Por el contrario los *aliens* vencen y

cercan a la humanidad en un periquete. Comienza un dominio del terror sin parangón. Los extraterrestres utilizan a los humanos para experimentos médicos, hacen zapatos, asientos de coche y pantallas para lámparas con su piel, explotan sus pelos, huesos y dientes. Además se los comen, sobre todo a los niños y a los bebés, que son los que más les gustan porque son blandos y su carne muy tierna.

Una persona a la que acaban de sacar de la cárcel para matarla y hacer salchichas con ella les grita a esos seres extraños: «¿Cómo podéis hacer algo así? ¿No veis que tenemos sentimientos, que nos hacéis daño? ¿Cómo podéis quitarnos a nuestros hijos para matarlos y comerlos? ¿No notáis cómo sufrimos? ¿No os dais cuenta de hasta qué punto inconcebible sois crueles y bárbaros? ¿No tenéis compasión?».

Los extraterrestres asienten con la cabeza. «Sí, sí», dice uno de ellos, «puede que seamos un poquito crueles». «Pero, mirad», continúa, «somos superiores a vosotros. Somos más inteligentes y razonables que vosotros. Somos capaces de hacer muchas cosas que vosotros no podéis hacer. Pertenecemos a una especie animal muy superior a la vuestra, mucho más desarrollada. Y por eso podemos hacer con vosotros lo que queramos. ¡Observad nuestra fantástica cultura, nuestras naves espaciales, con las que podemos viajar a la velocidad de la luz! ¡Y luego contemplad vuestra miserable existencia! Comparada con la nuestra vuestra vida apenas tiene valor. Además, aunque nuestro comportamiento no fuera del todo correcto al provocaros dolor y angustias, hay algo mucho más importante para nosotros: ¡estáis tan ricos!».

—¿Qué piensas de esto, Oskar? ¿Crees que es comparable? Los seres humanos se comportan con los animales con la misma crueldad que los aliens de la historia con los humanos.

—Sí, quizá.

—Y si eso es así, ¿deberíamos seguir comiendo animales? ¿No es algo incorrecto y malvado?

—Hay algunos animales que yo no como, papá. Pulpos o calamares, por ejemplo.

—¿Por qué no? ¿No te gustan?

—No, porque creo que no se deben comer animales tan bonitos, listos y elegantes como esos.

—¿Pero crees que sí se pueden comer otros animales?

—Por ejemplo, una vaca.

—¿Por qué una vaca?

—Las vacas no son tan listas ni tan inteligentes ni tampoco tan bonitas. Entre un pulpo y una vaca tú elegirías siempre al pulpo como animal

doméstico.

—Y tú seguramente no comerías nunca un animal doméstico.

—No, nunca, papá.

—O sea, dirías que los motivos por los que no se deben comer ciertos animales son su inteligencia y su belleza. Pero la belleza es algo relativo. ¿Y si a alguien no le parecen bonitos los pulpos…?

—Bueno, no todos no comen pulpo.

—Efectivamente. ¿Prohibirías, si pudieras, comer calamares?

—Si todos estuvieran de acuerdo, me parecería bien.

—¿El motivo más importante de por qué no comer determinados animales es, pues, su inteligencia?

—Sí, papá.

—Bien. Así pues, no comer ballenas, antropoides, monos, pulpos…

—Yo tampoco comería tiburones. Ni elefantes.

—Pero los cerdos son también bastante listos. Y sin embargo sí te comes salchichas hechas de carne de cerdo.

—¡Pero tú también comes cerdo, papá!

—Muy astuto por tu parte. Pero aunque papá también coma carne de cerdo de vez en cuando no tiene por qué ser correcto… ¿Si yo dejara de comer carne de cerdo lo harías tú también?

—Bueno, los cerdos saben realmente buenos…

—Los humanos de la historia también les saben bien a los aliens.

—Es verdad, tienes razón —piensa mucho tiempo.

—Cambiemos los papeles. Ahora intentaré defender el hecho de comer carne. Si nuestros antepasados en la sabana africana no hubieran comido carne, probablemente se habrían extinguido. No había suficientes frutas y setas y alimentos parecidos para poder comer. En el paleolítico cazaban bisontes y mamuts y comían su carne. Y más tarde los pastores y labradores criaban ovejas y cabras, terneras y cerdos para comerlos. Los seres humanos de la prehistoria, así como muchos pueblos primitivos, nunca hubieran sobrevivido si no se hubiesen alimentado también de carne, entre otras cosas. Es verdad que por naturaleza el ser humano no es carnívoro, pero sí omnívoro, como el oso…

—O el tejón.

—Exactamente. ¿No es esta una razón convincente para que podamos comer carne? Podría decirse que la naturaleza nos ha hecho así.

—Pero hoy ya no tenemos por qué comer carne. Hay verduras, frutas, pasta y tofu…

—Sí, es verdad, nosotros dos no tenemos por qué comer carne. Pero los inuit del Ártico tienen que cazar focas, si no se mueren de hambre.

—Pero en Alemania no, papá.

—Sí. Pero ¿qué vamos a hacer ahora?

—Creo que algunos animales sí se pueden comer, pero otros no.

—Pero ¿dónde está el límite?

—Me parece que el cerdo está en el límite. Lo que se puede comer: vaca, cordero, cabra, todos los animales de granja, ¡excepto los caballos!

—Los caballos, sin embargo, son bastante tontos. ¿Por qué no te los vas a comer?

—Porque son muy bonitos.

—Ahora voy a decir algo desagradable: no se debe matar a las personas, en eso estamos de acuerdo. ¿Harías entonces alguna diferencia entre una persona que te parece guapa y otra que te parece fea?

—No.

—¿Y por qué haces esa diferencia con los animales?

—Porque en el caso de los animales se trata de varias especies. De pulpos o caballos o cerdos.

—Pero el motivo por el que no se debe matar a seres humanos no es solo porque sean inteligentes o bellos, sino porque quieren vivir. Y porque pueden sufrir, y matarlos les hace mucho daño. Mira, un bebé recién nacido tiene menos inteligencia que un cerdo, y a pesar de ello no lo podemos comer. Y tampoco podemos utilizar al lactante como conejillo de indias para experimentar la acción de un nuevo champú, por ejemplo. Y cuando ves una joven ternera retozando en la pradera, bueno, no será muy lista pero seguramente sí muy feliz.

—Yo tampoco como crías de animales, papá.

—Me parece que la cuestión que nos ocupa es realmente muy difícil. ¿No lo crees tú también?

—Sí, también me parece a mí.

—Quizá las personas deberían comenzar a comer menos carne. En eso podemos ponernos de acuerdo. Hoy la gente come tanta carne porque es mucho más barata que antes. A cambio, los cerdos y las terneras ahora viven en establos gigantescos, casi sin luz. Se los mantiene en fábricas de animales y llevan una vida absolutamente horrible. También a los pollos se les mete en jaulas estrechas. ¿Te parece eso bueno y correcto?

—¿Que estén tan solos en una jaula estrecha? ¡Claro que no! Hay que pensar en cómo sería el estar metido en una jaula tan estrecha…

—¿Esto sería lo mínimo que habría que prohibir?

—¡Desde luego!

—Pero a cambio las personas tendrían que comer mucha menos carne. Quizá algunos pongan entonces un límite y solo coman determinados animales. Y otros, tal vez, ya no coman ninguno y se vuelvan vegetarianos. En ese caso se podría estar totalmente seguro de que no se hace nada

equivocado…

El resto de nuestra salchicha al curry hace ya tiempo que ha quedado en el plato. Hemos perdido el apetito. Ya es tiempo para nuestro siguiente esclarecimiento filosófico:

El valor de una vida no depende simplemente de lo bello o inteligente que alguien sea. Todo ser vivo que pueda sentir alegría, felicidad, miedo y dolor debería ser respetado. Si se reflexiona seriamente sobre ello, habría que decir que los argumentos en contra de comer carne probablemente son mejores y más convincentes que los argumentos a favor.

Pero acabamos de tocar un tema sobre el que no hemos reflexionado nada en absoluto hasta ahora: la felicidad…

Mi felicidad y yo

En Sanssouci

¿Por qué los seres humanos tienen preocupaciones?

Hoy Oskar y yo volvemos a hacer una excursión a Potsdam. Queremos ver el palacio y el parque de Sanssouci. A Oskar le gustan mucho las historias de reyes, de antiguas guerras y de cómo era la vida en tiempos pasados. Al pasear por los jardines de Sanssouci un día de diario parece que realmente nos encontramos en una época completamente diferente. El parque es tan enorme que uno se cruza con pocas personas. Siempre hay algo que descubrir; detrás de un seto aparece de improviso un grupo de figuras de piedra, un pequeño palacio o una casa de té. Y en los antiquísimos árboles anidan cernícalos, águilas ratoneras y gavilanes. Cuando Oskar curiosea por el parque le gusta pensar en uno de sus libros infantiles preferidos: *Kásperle en el castillo de Altocielo*. Se ha imaginado muchas veces cómo sería vivir en una época anterior, en la que aún había reyes y duques y condes. Por ejemplo, cómo sería tener que vivir con un duque huraño en un castillo, como Kásperle en la historia tragicómica de Josephine Siebe. Cuando leía en el libro que el duque se enfada con Kásperle, está de mal humor y quiere castigarlo, Oskar preguntaba muchas veces: «¿Por qué el duque está siempre de tan mal humor?». «¿Es malo el duque?».

¿Que por qué el duque tiene tan mal humor? Bueno, quizá he de contarle a Oskar cosas de aquel rey que edificó y habitó este maravilloso palacio. Fue un rey muy famoso y también estaba de mal humor a menudo. El nombre de este rey es Federico el Grande.

El rey Federico nació en 1712 en el palacio real de Berlín, y fue el primogénito de 14 hijos. Su padre, Federico Guillermo, era temido por su dureza y rigor. Fue aquel «rey soldado» que hizo construir la empalizada en la isla de la Amistad. Y le gustaba todo lo que tenía que ver con soldados: uniformes, dura instrucción y disciplina.

Su hijo Federico no respondió de ninguna manera a sus expectativas; fue un niño frágil, delicado y con sensibilidad artística. El rey de Prusia no se había imaginado así a su sucesor. El país tenía que convertirse en un imperio poderoso con un soberano fuerte. Cuando Federico tenía seis años su padre intervino en su educación. Le dejaba exactamente siete minutos para desayunar y después comenzaba un día lleno de prescripciones y con mucho que aprender.

Federico, en cambio, rehuía todo lo que podía las directrices de su padre.

Hizo que le consiguieran secretamente libros, novelas y escritos sobre arte y música, incluso comenzó a aprender a tocar la flauta. Cuando su padre se enteró se agravó la disputa. Una y otra vez el padre pegaba al hijo y le imponía castigos brutales. Cuando tenía 18 años Federico intentó escaparse de noche y con niebla, pero su intento de huida fracasó. Durante un tiempo Federico Guillermo pensó seriamente en condenar a muerte a su propio hijo. Pero en lugar de ello hizo ajusticiar a su mejor amigo, porque no había delatado los planes de huida. La sentencia de muerte se ejecutó ante los propios ojos de Federico.

Para calmar al padre, Federico se casó con una princesa que Federico Guillermo había destinado para él. Nunca fueron felices juntos.

De joven Federico vivió en el Rheinsberg, un castillo rodeado por un foso de agua, a cien kilómetros de Berlín. Aquí, muy lejos de su padre, pasó los años más felices de su vida. Se dedicaba a la literatura, la música, el arte y la filosofía. Y escribió un libro sobre cómo un rey decente debía comportarse con las demás personas.

Poco tiempo después Federico tuvo la oportunidad de demostrar que él lo podía hacer mejor que otros reyes. En 1740 murió su odiado padre y Federico se convirtió en rey de Prusia. Inmediatamente puso en práctica la primera de sus ideas. Prohibió torturar a personas en toda Prusia, dando así un nuevo paso: estableció que en su país daría exactamente igual la religión que uno tuviera. Un gran paso en aquella época, en la que se disputaba y luchaba violentamente por cuestiones religiosas. De todos modos, esa regla no valía para los judíos, que siguieron teniendo una vida dura en Prusia.

También en otro aspecto el nuevo rey defraudó rápidamente. ¿No había declarado que la obligación más importante de un rey era mantener la paz? Apenas llevaba seis meses en su puesto cuando Federico atacó Silesia con su ejército. La zona pertenecía entonces a Austria y, tras una guerra de cinco años, Silesia quedó en manos de Prusia.

Como comandante en jefe victorioso Federico comenzó a satisfacer un sueño. Quiso volver a ser tan feliz como lo había sido de joven en el Rheinsberg, un lugar de belleza, de calma y de arte. Hizo construirse en Potsdam, según diseño propio, un pequeño palacio de verano. Y el nombre que le dio fue: *Sanssouci*, una palabra francesa que significa «sin preocupación».

En medio del actual parque de Potsdam Federico hizo que se instalara un viñedo en pendiente, dividido en seis terrazas, y en la parte de arriba situó el palacio. Recién cumplidos los 32 años el rey anotó también exactamente cómo y dónde deseaba encontrar su descanso eterno: quería que le enterraran detrás de su palacio, en la terraza más elevada del viñedo. Desde allí se disfrutaba de una vista fantástica del parque. En la cripta solo le

debían acompañar sus perros preferidos. «He vivido como filósofo y quiero ser sepultado como tal». No quería un gran entierro, nada de pompa y suntuosidad, solo la luz de un único farol debía acompañarlo en ese último viaje.

La vida del rey se desarrolló de modo muy diferente a lo planeado. Es verdad que Federico pasaba mucho tiempo en Sanssouci durante los meses de verano, pero el palacio no fue un lugar sin preocupaciones. Entre sus éxitos se cuenta el que el rey concediera más derechos al pueblo. Fundó varios centenares de escuelas. Ordenó que en su territorio nacional se plantaran patatas. Pero con el famoso filósofo francés Voltaire, al que tuvo de invitado durante dos años, casi lo único que hacía era pelearse. Y el rey, que ya durante su vida recibió el sobrenombre de «el Grande», se convirtió en un rey de las guerras.

Invadió con su ejército Sajonia, iniciando así una guerra sangrienta y terrible que duró siete años. Después de tres años Federico se encontraba al borde de una derrota aplastante. En una carta desde el frente describe su situación: «Mi ropa está agujereada por balas. Murieron dos caballos míos por tiros en el bajo vientre. Mi desgracia es que sigo viviendo. Nuestra derrota es enorme. De un ejército de 48.000 hombres ya no me quedan ni 3.000. En el momento en que escribo esto todos huyen, y yo ya no domino a mi gente. Es un revés terrible, no podré sobrevivir a él. No tengo ninguna reserva y, por no mentir, creo que todo está perdido. No sobreviviré al hundimiento de mi patria. ¡Adiós para siempre! Federico».

Con mucha suerte, Federico consiguió dar vuelta a las cosas. Al final de la Guerra de los Siete Años Prusia estaba mejor que antes de ella, pero el rey había cambiado mucho. Él, que había amado una vez las artes y la belleza, se convirtió en un hombre difícilmente accesible, adusto. La guerra había empeorado mucho su salud y su rostro; surcado de preocupaciones, apenas sonreía. Sus contemporáneos le llamaban el «viejo Fritz».

En lugar de dejarse acompañar por personas prefería rodearse de perros. También dejó que el palacio se fuera arruinando, pues no se lo merecía ningún sucesor y determinó que solo se mantendría mientras él viviera. Federico murió a la edad de 74 años en el verano de 1786. Pero el último deseo del rey no se cumplió. ¡Nada de entierro filosófico y nada tampoco de una última mirada al jardín de Sanssouci!

A su sucesor, Federico Guillermo II, no le importaba mucho el romanticismo filosófico. Hizo que se enterrara a Federico en la iglesia de la Guarnición de Potsdam, precisamente al lado de su aborrecido padre.

Pero esta historia no acaba aquí. Durante la Segunda Guerra Mundial los féretros de los reyes prusianos fueron sacados de la iglesia para protegerlos de las bombas. 160 años después de la muerte de Federico su ataúd se

colocó primero en un búnker, después en el pozo profundo de una mina de sal y en 1952 en el castillo Hohenzollern. Casi cuarenta años descansó el rey allí en una capilla. Parecía que ya era para toda la eternidad, puesto que entre tanto Sanssouci había quedado en la zona de la RDA.

Pero después de la reunificación alemana pudo cumplirse finalmente la última voluntad de Federico. Se trajo a Potsdam el féretro del rey y se le enterró en la fosa, preparada para ello, de la terraza del viñedo. ¿Qué dijo una vez Federico, de joven, al comienzo de la construcción de su mausoleo?: «Cuando esté ahí, no tendré preocupaciones».

Mientras tanto hemos llegado a la tumba del rey. Oskar mira meditabundo la losa sepulcral en el césped, muy simple, sobre la que no hay más que el nombre del rey.

—¿Qué piensas de Federico el Grande?

—Cambió rápidamente de modo de ser después de la guerra.

—¿Por qué crees que cambió tanto?

—Porque vio muchas cosas brutales.

—¿Solo las vio? ¿Quién inició entonces la Guerra de los Siete Años?

—¡Él mismo!

—¿Puedes imaginarte qué sentimiento debe provocar eso? ¿Ser culpable de la muerte de tantas personas?

—No me gustaría tener un sentimiento así.

—Y sin embargo el rey lo que quería realmente era llevar una vida sin preocupaciones. Si ahora te pregunto por qué tenía preocupaciones el rey, ¿qué dirías?

—Estaba preocupado por perder la guerra y porque muriera toda su gente. Su vida no estuvo libre de preocupaciones.

—Las preocupaciones no comenzaron con las guerras que llevó a cabo el rey. Piensa en su niñez y en su juventud. Su padre le pegó repetidas veces. Y su mejor amigo fue ajusticiado ante sus ojos porque no le había delatado.

—Eso es horrible. Eso destrozó a Federico en lo más profundo de su ser.

—Eso creo yo también, Oskar. Quien vive muchas cosas horribles jamás se libra de ellas. Piensa en lo que aprendimos sobre nuestro cajón cerrado en el cerebro. ¿Te pasa a ti también eso? ¿Tienes preocupaciones algunas veces?

—A veces, por la escuela. Pero procuro quitar de mi cabeza las preocupaciones.

—Entonces te pregunto al revés: ¿eres siempre feliz?

—No, no siempre.

—¿Por qué no?

—Porque durante nuestro viaje del verano añoraba nuestra casa, por ejemplo.

—¿Conoces a alguien que siempre sea feliz?

—No.

—¿Por qué piensas que nadie es feliz siempre?

—Todos tienen preocupaciones alguna vez, papá. Y entonces uno es infeliz a veces. Eso es así.

—¿Por qué es así?

—Porque a todos nos inquieta algo y nos vienen malos pensamientos a la cabeza.

Creo que hay mucho de verdad en ello. Quien piensa mucho fácilmente tiene preocupaciones. Probablemente en esto resida el hecho de que los humanos sean tan inteligentes comparados con los animales. Nuestros cerebros pierden muy fácilmente el equilibrio. Cuando nos asaltan malos pensamientos fluyen muchas sustancias químicas por nuestro cerebro y se encargan de que seamos infelices. Lo mismo pasa también, naturalmente, con los buenos pensamientos y las sustancias químicas que nos hacen felices. Pero pocas veces estamos realmente centrados. Y por eso los humanos, por su propia naturaleza, no pueden ser felices siempre. Aunque todos nuestros deseos se cumplan, eso no nos protege frente al mal humor. El rey Federico había conseguido casi todos sus propósitos: ganó dos grandes guerras y logró muchas cosas que eran importantes para él, pero no por alcanzar las metas se es feliz, ni mucho menos.

Nuestro esclarecimiento filosófico es el siguiente:

Los seres humanos son tan inteligentes que no pueden ser siempre felices, pues nuestros cerebros se desequilibran a menudo. Aunque uno cumpla sus deseos y alcance sus metas, no siempre es feliz.

Lo que Federico el Grande buscó realmente en su vida no lo encontró: su paz anímica. Lo que quería era una vida sin preocupaciones en medio de cosas bellas. Pero ¿qué son en realidad las cosas bellas?

= ¿Qué es belleza?

En el Nuevo Museo

¿Qué es belleza?

Esta mañana visitamos Oskar y yo la isla de los museos. Los museos están en medio de la ciudad, como si se tratara de un trozo de la antigua Grecia. El Spree fluye lentamente por delante con su agua verde y todo parece muy idílico e intemporal.

Nuestra meta es el Nuevo Museo y su atracción especial, el busto de Nefertiti, esposa de faraones. El edificio fue durante mucho tiempo una ruina y se reformó hace pocos años. Hoy es una mezcla muy lograda de vieja y nueva arquitectura y el edificio en sí mismo es una obra de arte. Cuando se visita realmente no es necesario ver el arte griego, romano o egipcio antiguo: ¡el museo mismo es tan bonito!

Pero naturalmente Oskar quiere ver a la famosa Nefertiti. Aunque hoy no hay mucha gente en el museo, hemos de hacer cola ante la sala del segundo piso. Pueden entrar solo unos pocos visitantes a la vez. Así que charlamos sobre la legendaria soberana de Egipto y sobre su busto, igual de conocido…

El busto se encontró en Tell el-Amarna, en la ribera oriental del Nilo, en el Egipto Medio. El faraón Ajenatón hizo construir allí una nueva ciudad: Ajetatón. Fue un faraón muy importante, que declaró que en realidad no había tantos dioses diferentes sino uno solo: Atón, el dios del sol. Su mujer Nefertiti probablemente regía a su lado con bastante igualdad de derechos. Al menos parece que tenía el rango de una gran sacerdotisa. También su hijo Tutankamón se hizo muy famoso, no porque fuera un soberano importante, sino porque más tarde se habría de encontrar su tumba, con todos sus tesoros, en el Valle de los Reyes.

En la época en que Ajenatón fue faraón se produjeron en Egipto duros enfrentamientos. Los poderosos sacerdotes de la antigua capital, Tebas, opusieron resistencia al nuevo culto de Atón y Ajenatón hizo que los persiguieran. A la vez amenazaba al imperio egipcio una competencia poderosa en el este: los hititas, un pueblo belicoso procedente del territorio que luego sería Turquía, intentaban construir un gran imperio y amenazaban con ello la hegemonía de Egipto. Tras diecisiete años de gobierno Ajenatón murió en circunstancias poco claras. El destino de Nefertiti también es desconocido.

La esposa del faraón fue sacada del olvido cuando en 1912 unos arqueólogos alemanes encontraron su busto en Amarna. Desde 1920 está en Berlín y los berlineses piensan realmente que ya es una berlinesa más.

Los egipcios, por el contrario, ven el asunto de modo completamente diferente y siguen exigiendo con insistencia que el busto de Nefertiti sea devuelto a toda costa a Egipto.

El motivo de la disputa es fácil de entender. Es verdad que el busto de la soberana egipcia ni siquiera tiene medio metro de altura y que pesa exactamente veinte kilos. Pero su valor es incalculable. ¡El seguro considera que tiene un valor de 300 millones de euros!

Un motivo de su valor es el buen estado en que se encuentra, solo le falta el ojo izquierdo. Pero eso naturalmente no es todo. Porque en torno a la cabeza de piedra caliza de la faraona rondan muchas historias, mitos y leyendas. Ya el nombre da fe de su legendaria belleza. «Nefertiti» significa: «la bella ha llegado».

El delgado rostro de la egipcia, de altos pómulos y rasgos armónicos, fascina desde siempre a mucha gente. El emperador Guillermo II mandó hacer una copia del busto para sus habitaciones privadas. Y cuando hubo de abdicar tras la Primera Guerra Mundial se la llevó consigo al exilio en Holanda. También Adolf Hitler estaba tan entusiasmado con Nefertiti que mandó que le hicieran una copia. Y algunos piensan incluso que el busto del Nuevo Museo no es el original, sino una réplica…

Pero enseguida podremos entrar ya en la sala y ver de cerca por fin a Nefertiti, unos pocos minutos más y lo conseguimos. Respetuosamente nos acercamos Oskar y yo a la urna de cristal situada en medio de la sala, donde está expuesta Nefertiti.

—Bueno, y ahora, Oskar, ¿qué te parece?
—Nada especial.
—¿No te gusta?
—Bueno, sí. Pero no la encuentro tan especial.
—Pero todos dicen que es bellísima.
Oskar medita.
—¡Mamá es mucho más guapa!

Después de un rato estamos de nuevo en la calle. Nos damos todavía un paseo desde la isla de los museos hasta la calle Unter den Linden. Al otro lado de la calle estuvo en su momento el palacio real y más tarde, en tiempos de la RDA, el palacio de la república. Ahora hay allí un edificio provisional, el Humboldt Box. Si se sube en el ascensor, desde arriba hay unas vistas fantásticas de Berlín. Nos sentamos en la terraza, bebemos algo y gozamos del panorama.

—Vuelvo a Nefertiti. Así pues, tú no la encuentras guapa.

—No tan, tan guapa, papá.

—¿Qué es, pues, lo que te gusta? Fíjate en las iglesias, por ejemplo, entre esos muchos edificios que vemos. ¿Cuáles te parecen bonitas?

Oskar medita.

—La sinagoga me parece la más bonita.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que las otras iglesias no tengan?

—Porque tiene eso dorado. La segunda más bonita es la catedral, luego la iglesia de Sión, luego la iglesia de Santa Sofía y después las otras. ¿Y qué iglesias son para ti las más bonitas, papá?

—Hummm. Creo que también la sinagoga y después la iglesia de Santa Sofía. La catedral no me gusta tanto. Es verdad que es grande pero no parece realmente una iglesia. La encuentro además bastante recargada y cursi…

—A mí me parece bien, papá.

—Ya ves qué diferencias puede haber en la apreciación de la belleza. ¿Sabes por qué?

—Ni idea.

—Mira esta mesa de terraza. ¿Qué dirías de su aspecto?

—Blanca. De esquinas redondeadas.

—Bien. ¿Y por qué sabes eso, Oskar?

—Porque puede verse.

—Exactamente. ¿Y crees que otros la ven exactamente como tú?

—Sí.

—Y si ahora te pregunto si es bonita la mesa, ¿también te lo parece?

—Sí.

—¿Y tienen los demás que encontrarla bonita también?

—No, papá.

—¿Por qué no?

—Porque cada uno tiene su gusto.

—Sí, es verdad, Oskar. ¿Crees que cuando seas mayor te seguirá pareciendo bonita la mesa?

—Eso no lo sé… —medita.

—¿Cuál crees que es la diferencia entre que yo diga la mesa tiene esquinas redondeadas o la mesa es bonita?

—La mesa tiene realmente esquinas redondeadas. Y que sea bonita es algo que te puede parecer o no.

Eso está muy bien. Que la mesa es blanca es una *propiedad* de la mesa. Pero que sea bonita es una *idea en nuestra cabeza*. Creo que con ello hemos aprendido algo importante: la belleza no es una propiedad de las cosas, de las personas o de los paisajes. La belleza es algo que vemos en las cosas o en las personas, por eso tampoco se puede medir. Naturalmente, algunas personas les parecen bellas a muchas

otras personas. Hay modelos o actores que les parecen guapos a mucha gente. Pero en otras épocas se consideraban bellas a personas completamente diferentes. Fue *chic* estar un poco más gordito y luego volvió a parecer que era más bello estar delgado o muy delgado. Y es que nuestras ideas sobre la belleza cambian. Lo que nos parece bello a los diez años no tiene por qué seguir pareciéndonoslo a los cuarenta. Nuestro esclarecimiento filosófico es este:

La belleza es una idea en nuestra cabeza. Depende de nuestro gusto. Y nuestro gusto está a su vez influido por la cultura en la que vivimos. No hay una belleza objetiva.

Lo que molesta de la belleza, por lo demás, es que esté tan injustamente repartida. Algunas personas les parecen bellas a muchos y otras no. Y la verdad es que en este aspecto no se puede hacer mucho para que los demás le encuentren a uno bello. ¿No es injusto?

Esto nos lleva a nuestro siguiente tema filosófico, a saber, la cuestión de qué es justo. ¿Cómo debería ser la convivencia de las personas para que todo sucediera del modo más equitativo posible?

= *¿Qué es justo?*

En el Plänterwald

¿Qué es justo?

Uno de los lugares más curiosos y fascinantes de Berlín es el Plänterwald, un bosque situado directamente a orillas del Spree, al este de la ciudad. Después de pasear un rato entre los árboles, se llega a una zona muy especial. ¿Qué sucede o, mejor, qué ha sucedido aquí? Vemos los restos oxidados de un vehículo oruga detrás de una valla, una noria gigantesca que se eleva, torcida y cochambrosa, casi cincuenta metros en el aire. Y en un prado reposan volcados unos dinosaurios de tamaño real. ¿Es que ha habido una guerra? ¿O una catástrofe que haya llevado a la extinción de los seres humanos y de los dinosaurios? El escenario realmente parece el de una película del fin de los tiempos. Bueno, una vez más, ¿qué ha sucedido aquí?

El Plänterwald fue en un tiempo un parque de atracciones, *el* parque de atracciones de la RDA, para ser exactos. Unos dos millones de personas acudían cada año a visitarlo, casi tantas como al parque zoológico. Todos querían montarse en la noria y en otras de las muchas atracciones de que disponía. Había casetas y sitios donde comer, como en cualquier gran feria.

Tras la reunificación alemana se planteó la cuestión: qué hacer con el parque de atracciones. En la RDA pertenecía al Estado, pero en Alemania el Estado no administra atracciones de feria. Un nuevo propietario renovó el parque e instaló además nuevas atracciones, pero el número de visitantes de la feria era cada vez menor y enseguida se arruinó. Desapareció de la noche a la mañana con algunas de sus atracciones rumbo a América del Sur.

Después, no hubo mucho más. Desde hace diez años el parque se está desmoronando. Hierba y maleza llenan el recinto, e incluso la verja se ha vuelto vieja y frágil, de modo que hoy se puede entrar en ese paisaje de ruinas sin gran esfuerzo. Los fines de semana se organizan incluso visitas guiadas por el desastrado parque. Y ahora se ha abierto también un pequeño café.

Oskar y yo nos sentamos en el café Mythos, con vistas a las ruinas del parque; naturalmente, él preferiría que los tiovivos funcionaran en lugar de oxidarse. Tampoco tendría nada en contra del algodón de azúcar y las almendras. Pero, por otro lado, se da cuenta de que es un lugar muy especial, con un extraño atractivo. Y por eso decido tomar este sitio como estímulo para un juego mental…

Imagínate que se cae un avión. Y que tú estuvieras dentro. Gracias a Dios todos los pasajeros se salvan. El avión aterriza violentamente, a duras

penas, en una isla deshabitada del océano Pacífico. Aunque nadie está gravemente herido y todos sobreviven, por el fuerte choque todos tienen una conmoción cerebral. Cuando vuelven en sí ya nadie sabe exactamente quién es, ni qué profesión ha ejercido, ni lo que es capaz de hacer especialmente bien o mal.

Ahora, quieran o no, todos tienen que comenzar de nuevo en la isla. Es una zona salvaje y fascinante, como el Plänterwald. Hay colinas y montañas, unas cuantas cabras salvajes y también algunas plantas y frutas comestibles. El entorno ofrece todo lo que necesitan los humanos, lo suficiente para comer y beber, sitios calientes para dormir y bastante espacio para cada uno.

Las personas han de ver ahora cómo van a arreglárselas unos con otros en la isla. Necesitan reglas para que no surja el caos y la anarquía. Naturalmente, cada uno de ellos deseará, en primer lugar, tener satisfechas las necesidades humanas más importantes: querrá disponer de agua potable, comer lo necesario y dormir en un sitio adecuado. El resto de las necesidades todavía son desconocidas para ellos. La conmoción cerebral y la pérdida de la memoria les impiden pensar con claridad sobre sí mismos y poder valorarse. De modo que se reúnen y piensan en reglas que puedan ayudar a personas que, como ellos, se encuentran completamente inseguras.

¿Qué reglas podrían establecer? ¿Qué se puede hacer y qué no? No es nada fácil porque, al haber perdido la memoria, nadie sabe quién es en realidad y ninguno puede presuponer qué es lo mejor para él, ni desea correr ningún riesgo en este aspecto, pues no puede saber si es capaz o no de estar a la altura. De modo que el grupo hace una lista con todas las propuestas para compartir todos los bienes fundamentales. ¿Por qué reglas te decidirías? ¿Qué sería para ti lo más importante? ¿Qué pondrías en segundo y tercer lugar?

—Y bien, ¿qué piensas, Oskar? ¿Qué regla sería para ti la más importante en el trato con los demás?

—No se puede matar a otros, papá.

—Suena convincente. ¿Y la siguiente regla?

—No se puede quitar nada a los demás, sobre todo comida.

—Suena bien también. ¿Y la tercera?

Oskar reflexiona mucho tiempo.

—Ahora esto se pone difícil. ¿Cuál escojo…?

—Voy a pensar contigo. La isla en principio no pertenece a nadie. Lo primero que hay que hacer es tomar posesión de ella.

—Entonces nadie puede comportarse como un tirano y decir: «Esta isla me pertenece a mí». El jefe no puede ser una única persona.

—Está bien. Ahora imaginémonos que han comenzado a tomar posesión de la isla. Que ninguno es el jefe y cada uno recibe un trozo de tierra del mismo tamaño. Uno cría en él cabras, otro planta patatas, otro lo intenta con cereales y así sucesivamente. ¿Eso sería justo?

—Sí, papá.

—Pero ahora sucede lo siguiente: la cría de cabras funciona estupendamente, porque se reproducen rápido, y el criador de cabras produce muchísima leche y queso. El de las patatas, en cambio, no tiene ninguna suerte, porque las patatas no crecen como debieran; y además una tempestad destruye toda la plantación. Entonces el criador de cabras le dice al cultivador de patatas: «Mira, yo te puedo ayudar. Si me das tu tierra puedes cuidar de mis cabras. Y como retribución te doy algo de mi leche y de mi queso». Y como todos los cultivadores de patatas tienen el mismo problema con su cosecha les hace la misma oferta a todos. Los cultivadores de patatas aceptan. Y después de un cierto tiempo, relativamente corto, la mitad de la isla pertenece al criador de cabras. ¿Es eso justo?

—No, papá. Eso es injusto. Porque él entonces posee muchísimo más.

—¿Hay que prohibir al criador de cabras, pues, ese intercambio, Oskar?

—Los otros también pueden intentarlo con cabras. Y el cultivador de patatas puede probar otra vez con sus patatas. ¿Y si no entrega toda la tierra, sino solo la mitad, y así le queda terreno para seguir intentándolo?

—¿Cada uno ha de quedarse con el mismo trozo de tierra que los demás? ¿O puede poseer más si tiene éxito con su terreno?

—El criador de cabras no puede ser el jefe.

—Pero ¿no puede conseguir más tierra por intercambio? Lo que quiero saber es si es más justo que todos tengan lo mismo o que el que tenga más éxito reciba más.

—Es más justo que todos reciban lo mismo. Y todos han de tener suficiente para comer.

—Sí, pero el criador de cabras solo dice: «¡Dame tu tierra!», para que el otro, el cultivador de patatas, no pase hambre. Eso es justo, ¿no?

—También le podría regalar un par de cabras.

—Sí, podría. Pero ¿y si no lo hace y, en lugar de ello, propone ese intercambio, tierra por comida?

—Bueno, sí, uno puede tener más tierra. Pero no tanta como para que los demás pasen hambre.

—Eso quiere decir que sí se puede tener un terreno mayor que el de los demás, pero ¿solo si los demás también sacan provecho de ello y pueden vivir por su cuenta?

—¡Sí, no se puede hacer ningún chantaje!

Creo que con esto hemos dado con reglas bastante buenas. Son, por cierto, reglas semejantes a las que estableció un día el famoso filósofo estadounidense John Rawls. Si se quiere tener reglas justas, pensaba Rawls, hay que colocarse siempre en la posición del más débil, pues es probable que sea precisamente eso lo que garantiza la mayor equidad. Las reglas de Rawls son estas:

1. Todos tienen los mismos derechos. Y todos pueden desarrollarse con tanta libertad como quieran, mientras eso no limite la libertad de los demás.
2. En el caso de que alguien consiga más posesiones que otro, entonces valen las siguientes reglas: primera, *todos* han de tener la oportunidad de conseguir más posesiones; y segunda: quienes tengan más han de *ceder* a los que tienen menos una parte suficiente de sus bienes.

Creo que con ello hemos conseguido un nuevo esclarecimiento filosófico:

Es justo lo que es más equitativo para todos y ofrece a todos las mismas oportunidades. Por eso hay que colocarse siempre en el punto de vista de los más débiles, de modo que nadie se aproveche.

Pero ¿con esto se han esclarecido ya todas las preguntas? La primera de las reglas de Rawls dice que yo no puedo coartar la libertad de los demás. ¿Por qué no? ¿Qué es propiamente la libertad? ¿Y por qué es importante la libertad?

= *¿Qué es libertad?*

En el Parque del Muro

¿Qué es libertad?

Que Berlín tenga un «Parque del Muro» hay que agradecérselo (como en el caso de la zona RAW) al esfuerzo y a la creatividad de mucha gente. Este gran espacio verde se transforma, sobre todo los fines de semana de verano, en una mezcla colorista de gentes de todo el mundo. Hay un gran rastro en el que los precios son módicos. Por todas partes puede uno tumbarse en la pradera y el olor a salchicha asada llena el aire. Los jugadores de petanca lanzan sus bolas, se hace malabarismo, se juega al baloncesto y al fútbol. Y en grandes anfiteatros compiten cantando en el karaoke personas de diferentes culturas. El público es curioso y amable, y domina un ambiente desenfadado. Parece que aquí todo el mundo puede disfrutar de la vida y hacer lo que quiera.

Pero no siempre fue así. El recinto del Parque del Muro, donde hoy se anima la vida, fue antes una zona de muerte. Originariamente —en el siglo XIX— fue el solar de la estación del norte, desde donde salían los trenes de mercancías hasta Stralsund. Después de la Segunda Guerra Mundial, cuando las fuerzas vencedoras se repartieron la ciudad, pasaba por aquí la frontera entre el sector francés y el soviético. La zona occidental del actual parque, Wedding, fue ocupada por soldados franceses y la zona del lado este, Prenzlauer Berg, fue controlada por los soldados soviéticos del ejército rojo.

El 13 de agosto de 1961 el gobierno de la RDA fortificó con un muro la anterior frontera sectorial, después frontera estatal entre la RFA y la RDA. El muro pasaba por el recinto de la estación. Lo que hoy es parque fue durante casi treinta años una zona casi vacía de gente, cubierta de malas hierbas, pero estrictamente vigilada en el lado de la RDA. Nadie debía pasar por encima del muro desde el Berlín Este al Berlín Oeste. Desde un mirador los berlineses occidentales y muchos turistas podían ver la RDA desde el lado occidental: la zona prohibida y las instalaciones de alta seguridad.

Tras el derrumbamiento de la RDA, Alemania volvió a unificarse, en octubre de 1990. Muchas de las personas que vivían en las casas y barrios de alrededor utilizaban esa zona abandonada en su tiempo libre. Se entabló una larga discusión sobre lo que había que hacer ahora con la zona. A la ciudad le habría gustado vender ahí terrenos edificables para que se construyesen casas, pero hubo muchas iniciativas ciudadanas que mantuvieron grandes enfrentamientos con las autoridades para defender «su» parque. Y hoy el Parque del Muro es quizá el sitio de reunión más importante de toda la ciudad para gente joven de todas las culturas.

Cuando Oskar y yo estuvimos allí por primera vez, él contemplaba con curiosidad el muro. Todavía hoy queda en pie un largo trozo en mitad del parque, pintado de colores y lleno de grafitis. Entonces mantuvimos esta divertida conversación:

—¿Qué es eso, papá?

—Eso es un trozo del muro.

—Es demasiado alto para trepar por él hasta arriba.

—Bueno, ¿sabes, Oskar?, ese era precisamente el sentido del asunto. Nadie debía escalarlo.

—Pero ahora yo podría hacerlo.

—Me temo, Oskar, que no lo conseguirías. Eres todavía demasiado pequeño para ello.

Oskar reflexiona.

—Bueno, quizá cuando se construya el próximo muro, papá…

No es de esperar, gracias a Dios, que en un tiempo previsible vuelva a construirse un muro que atraviese Berlín. De todos modos, para niños y jóvenes es casi inconcebible que Berlín fuera cortado por un muro. La historia del muro es para ellos una historia casi de la época de Astérix. Pero ¿cómo se llegó a eso?

Después de la Segunda Guerra Mundial, las potencias vencedoras, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética, se repartieron Alemania. En el territorio que ocuparon las «potencias occidentales» surgió la República Federal Alemana. En el territorio que ocupó la Unión Soviética surgió la República Democrática Alemana. Ambos estados eran muy diferentes.

En la RDA el sistema era «socialista». Las fábricas pertenecían no a individuos concretos sino al Estado. Los alquileres de las casas eran baratos. Y todos los trabajos debían valer lo mismo, de modo que también todo el mundo ganaba más o menos lo mismo. Como idea sonaba bien. Pero el Estado no suprimió la injusticia, sino que creó nuevas injusticias. Los que pertenecían al partido socialista podían conseguir ventajas frente a otras personas. Y dado que el gobierno desconfiaba de su pueblo, organizó un tremendo aparato de servicio secreto. Se vigilaba a la gente, se interceptaban conversaciones y se espiaba. Y quien criticaba al Estado tenía que contar con castigos duros e injustos. La salida del país era casi imposible.

En la República Federal no regía el principio de que todos debían ganar lo mismo. Quien más producía o simplemente tenía más suerte y éxito (o

padres más ricos) ganaba más dinero que otros. Y las fábricas, excepto unas pocas excepciones, no pertenecían al Estado, sino a individuos concretos. La sociedad de la República Federal en conjunto se hizo rápidamente más rica que la de la RDA y fue así por dos razones importantes. Primera: a muchas personas les estimula tener posibilidades de conseguir más que otras por su propio rendimiento. Y segunda: la República Federal perteneció desde el comienzo a la parte más rica del mundo. Su reconstrucción fue apoyada por Estados Unidos. Comerciaba con América y con los demás países de Europa occidental, que pertenecían a los más ricos del mundo. La RDA, sin embargo, casi solo podía intercambiar sus mercancías con la Unión Soviética y los demás países de Europa oriental, que eran mucho más pobres. Todo esto hizo que para muchas personas la vida en la República Federal fuera más agradable que la vida en la RDA. Y la República Federal permitía a sus ciudadanos muchas más libertades para hacer y deshacer lo que quisieran.

Desde el comienzo, muchas personas de la RDA huyeron a la República Federal. Entonces, la RDA construyó poderosas fortificaciones y vallas de aislamiento para que no saliera nadie, pero seguían produciéndose continuamente huidas. Tres millones y medio de personas huyeron hasta 1961 de la RDA al oeste. Hacer esto era bastante fácil en Berlín, porque la frontera en la ciudad tenía 45 kilómetros de longitud y en algunas partes se pasaba por calles estrechas, así que resultaba muy difícil vigilarla. Por eso el gobierno de la RDA decidió, con el consentimiento de la Unión Soviética, construir un muro para cercar definitivamente el este de Berlín. La noche del 12 al 13 de agosto comenzaron los trabajos. Algunos aprovecharon su última oportunidad de huida y se descolgaron por las ventanas con sábanas atadas, se tiraron por ellas dejándose caer en lonas de bomberos y saltaron las barreras todavía inacabadas.

La República Federal y Estados Unidos contemplaron la construcción del muro sin poder hacer nada. «No es una buena solución», dijo el presidente estadounidense John F. Kennedy, «pero sí mil veces mejor que la guerra». Sin embargo, durante los 28 años siguientes de existencia del muro continuaron produciéndose los intentos de huida. Pero el muro estaba vigilado muy estrechamente. Los soldados de fronteras de la RDA tenían la orden de disparar a cualquier prófugo. Por lo que se sabe actualmente, 136 personas murieron en el muro, la mayoría hombres jóvenes menores de treinta años.

En el otoño de 1989 se produjeron en la RDA fuertes protestas contra el gobierno. El 9 de noviembre la dirección de la RDA dio lectura a un acuerdo según el cual se permitía la libertad de circulación en la RDA. Entonces muchas personas de Berlín Este acudieron en masa al muro y exigieron que se les dejara pasar. Tras algunas dudas y gran confusión los guardias

fronterizos abrieron los pasos. Desde entonces el muro ya no fue una amenaza. Airados ciudadanos de la RDA y cazadores de recuerdos lo hicieron pedazos, excepto en algunos tramos. Al mismo tiempo que el muro iba cayendo trozo a trozo, se derrumbaba la RDA. El 3 de octubre de 1990 la RDA se anexionó a la República Federal. Alemania era ya un único país de nuevo.

—Así que no fue nada divertido lo del muro.

—En absoluto, papá. Allí murió mucha gente.

—Te acabo de contar cuáles eran las diferencias más importantes entre la República Federal y la RDA. ¿Dónde hubieras preferido vivir tú? ¿Donde todos ganan lo mismo por su trabajo o en un país en el que recibes más si rindes más?

—Bueno, está bien eso de tener una profesión, ganar dinero y ser feliz. Pero a mí me gusta más holgazanear. Es mejor que trabajar y no ganar mucho a pesar de ello.

—Y los que más trabajan tampoco parecen estar muy contentos.

Oskar medita.

—Es verdad.

—Pero el mayor problema era que el Estado era muy severo y desconfiado con sus ciudadanos. Los vigilaba y espiaba. A mucha gente eso no le parecía nada bien. Muchos de los que vivían en la República Federal eran más ricos y además allí había más cosas bonitas para comprar. Y en vacaciones se podía viajar a otros países, a España, Italia, Austria. Eso no lo podía hacer la gente de la RDA.

—¿Querían todos marcharse de la RDA, papá?

—No todos. Pero sí muchos. Sobre todo a la mayoría de los jóvenes la RDA les resultaba demasiado aburrida.

—¿Realmente se trataba, pues, de dos países completamente diferentes?

—Sí, y además enemistados. Siempre existía el temor de que se llegara a la guerra entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Entonces los habitantes de la RDA y los de la República Federal se hubieran disparado mutuamente. ¿Puedes imaginarte ahora por qué se quería salir de la RDA?

—¡Claro! En el otro lado recibías más dinero, un trabajo mejor y se te recompensaba más.

—¿Te importaría vivir donde fuera con un muro que no puedes traspasar?

Oskar medita.

—Sería algo muy tonto.

—Imagínate si hubiera un muro alrededor de Colonia y no pudieras visitar a la abuela y al abuelo.

—Sería algo muy triste.

—¿Crees que la RDA tenía derecho a construir el muro? Esta parte dijo: somos la Alemania más justa, entre nosotros cada uno recibe lo mismo. Entonces también podemos construir un muro, para que esto se conserve…

—Más bien no, papá. No era necesario un muro. Ni dos países.

—¿Qué es para ti la libertad, Oskar?

—Poder hacer lo que se quiera. Y decidir por uno mismo a dónde ir.

—¿O sea, libertad es «poder decidir por uno mismo»? Eso suena bien. Pero ¿basta con eso? ¿Preferirías, por ejemplo, vivir en un país pobre en el que se te permitiera todo o en uno rico donde muchas cosas estuviesen prohibidas?

Oskar medita largo tiempo.

—Creo que mejor en un país rico. Pero, papá, lo mejor de todo es un país rico donde se pueda hacer todo.

—Así que la libertad ya no es tan valiosa cuando se es pobre y por eso no se pueden emprender muchas cosas solo con la propia libertad. Para que uno pueda vivir realmente su libertad, pues, tienen que estar satisfechas ya otras muchas circunstancias. Por ejemplo, tener un cierto bienestar. Pero se me ocurre una segunda cosa. Tú hablas de «un país donde se pueda hacer todo». ¿Crees eso en serio? ¿En una libertad sin límites, en la que todos pueden hacer cualquier cosa? ¿Crees que eso es bueno?

—No, papá. Reglas tiene que haber.

—¿Y qué crees que sucede si no hay ninguna y todos pueden hacer o no hacer con plena libertad lo que quieran?

—Entonces se mata a la gente. Y quizá se presente un hombre con un cuchillo por la mañana ante la puerta de casa. Porque aunque mate a alguien no le pasa nada.

—La libertad, pues, solo tiene sentido en conexión con una alta seguridad.

—«Seguramente sobre las nubes la libertad ha de ser ilimitada…» —canta Oskar.

—¿Sobre las nubes? Ahí es donde se tiene precisamente menos libertad. Ahí dependemos de que funcione el avión y no se caiga. Y el aire es tan fino que no contiene suficiente oxígeno. Y hace un frío tremendo ahí arriba… También por eso, Oskar, puedes darte cuenta de que la libertad es algo que depende siempre de la seguridad. Ambas cosas van juntas. Sobre las nubes y también entre los hombres. Realmente hay incluso dos libertades diferentes. Una es poder hacer algo.

—Ir al bosque y jugar. O jugar al fútbol, o jugar al lego en la habitación…

—Exactamente. Y la otra libertad es que le dejen a uno tranquilo.

—Sin deberes que hacer.

—Sí, o sin que se le castigue brutalmente por cosas intrascendentes. O que el Estado no se meta en todo.

Con esto ya podemos expresar nuestro próximo esclarecimiento filosófico:

Saber que se pueden hacer muchas cosas hace felices a los seres humanos. Pero la libertad para hacer algo viene limitada por la libertad de los demás, que también pueden hacer algo. Donde comienza la libertad del otro allí acaba la mía. De modo que solo hay libertad en conexión con la seguridad. Si todos pueden hacer todo, la convivencia se vuelve horrible.

Al abandonar el Parque del Muro estoy seguro de que ahora Oskar contempla el muro con otros ojos. Hoy hemos aprendido mucho. Por ejemplo, que el sentimiento de poder hacer muchas cosas es importante para los seres humanos. Forma parte de las cosas que importan en la vida. Incluso aunque no se hicieran muchas cosas que se pueden hacer, a menudo basta con la idea de que se puede hacer algo. Pero ¿cuáles son las cosas que importan…?

= ¿Qué es lo que importa en la vida?

En la torre de la televisión

¿Qué es lo que importa en la vida?

¿Quién tiene la torre de televisión más alta? Parece que durante una época esa cuestión importaba. Cuando Walter Ulbricht, el jefe de Estado de la RDA, decidió en 1964 construir la torre de televisión de Berlín se trataba sobre todo de una cosa: de prestigio mundial. La altura de la torre de televisión tenía que hacer visible a lo lejos la grandeza del socialismo de la RDA. ¡Quien es capaz de construir una torre así debe tener los mejores ingenieros del mundo! Y esos ingenieros, soñaba Ulbricht, solo puede producirlos el mejor sistema estatal.

Durante mucho tiempo se discutió sobre el aspecto definitivo que habría de tener esa torre. Lo único claro era que debía tener una esfera arriba, en recuerdo del satélite esférico *Sputnik*, que la Unión Soviética había enviado al espacio, convirtiéndose así en el primer país del mundo en hacerlo. Y que esa esfera-Sputnik debía brillar en rojo, en el color del socialismo. Cinco años más tarde la torre estaba acabada: con 368 metros de altura, era la torre más alta del mundo. Solo el Empire State Building de Nueva York era aún más alto. El 7 de octubre de 1969, justo para el 20 aniversario de la fundación de la RDA, se abrió al público. Pero la esfera no relució en rojo. En lugar de ello el sol reflejaba en la torre y dibujaba en el acero plateado una cruz de luz clara. Los berlineses orientales lo tomaron con humor y llamaron a la cruz «la venganza del Papa». Y otros compararon la torre con una iglesia y la llamaron divertidos «San Walter», por el nombre de su promotor, Walter Ulbricht.

Pero a quien menos gracia le hizo la torre no fue a la República Federal ni a Estados Unidos, sino a la Unión Soviética. Es verdad que ambos países estaban unidos políticamente por relaciones amistosas. Pero que la pequeña RDA construyera una torre más alta que la de la gran Unión Soviética naturalmente era algo inaceptable… Antes de la apertura de la torre de televisión de Berlín Este los soviéticos inauguraron su propia torre en Moscú, 537 metros de altura, y con ello el edificio más alto del mundo. Pero esto no gustó nada en absoluto a los países del oeste. Poco después se construyó en Toronto, Canadá, una torre de televisión aún más alta: 553 metros de altura. Y mientras tanto ese récord también ha sido superado. China y Japón mostraron después, a su vez, aquello de lo que eran capaces. Las torres de televisión más altas están hoy en Cantón (Guangzhou), 600 metros, y en Tokio, 634 metros.

Aunque la torre de televisión de Berlín hace ya mucho tiempo que no es la más alta del mundo, desde su bola se sigue gozando de una vista fantástica sobre Berlín. A Oskar le gusta esta torre porque con su forma futurista le recuerda siempre un poco a

La guerra de las galaxias. Así que miramos desde nuestra cápsula espacial imaginaria hacia abajo, al mar de casas, a las numerosas calles y a las muchas, muchas personas que deambulan como puntos diminutos allí abajo en busca de su felicidad…

—Dime, Oskar, ¿es realmente importante tener la torre más alta?

—No.

—¿Por qué crees entonces que era tan importante para los políticos de la RDA tener la torre más alta?

—Porque estaban orgullosos. Porque con ello querían decir: «¡Somos los mejores!». Vaya presuntuosidad…

—Quizá sea importante ser un buen presuntuoso.

—No.

—¿Qué crees que es importante en la vida?

—Llevar una vida normal. Tener padres agradables. Suficiente para comer. Que a toda la gente le vaya bien…

—Algo de verdad hay en ello. ¿Y qué sucedería, Oskar, si no tuvieras amigos? A Ole, a Lorenz…

—Me molestaría. Los amigos son importantes.

—¿Y te acuerdas todavía de Benny, de la guardería, que tenía cáncer…?

—¡Estar sano! ¡Eso es muy importante!

—¿Y te acuerdas de lo que te he contado de la Segunda Guerra Mundial? ¿Que el abuelo y la abuela tenían que saltar de la cama por la noche para refugiarse en el búnker y del miedo que tenían?

—¡Paz, papá! La paz es también importante.

—Y cuando te conté cosas de la Segunda Guerra Mundial también te hablé de Hitler. Y de cómo los judíos fueron perseguidos y asesinados.

—Ah, sí, que a nadie se le pueda perseguir por el color de su piel o por su religión.

—¿Qué más forma parte de la vida buena? ¿Quizá también que no sea aburrida?

—Sí, divertirse.

Mientras tanto, ha oscurecido. Lanzamos aún una última mirada a las casas, coches y personas diminutas. Después abandonamos el restaurante-mirador de la esfera y salimos deprisa en el ascensor hasta la calle. Nuestro último esclarecimiento filosófico reza:

Hay, pues, muchas cosas que importan en la vida cuando se quiere ser feliz. Algunas es importante que sucedan, como, por ejemplo, divertirse y tener

amigos. Y otras es importante que no sucedan, como, por ejemplo, la enfermedad, las guerras o la persecución.

Realmente con todo esto hemos dicho ya muchas cosas importantes. Pero falta algo todavía. Al comienzo del libro prometí dar aún una respuesta a la pregunta: *¿Por qué hay todo y no nada?* Naturalmente, como sabes, no tengo una respuesta exacta a esa cuestión. Pero sí algo para recapacitar sobre ella.

—Oskar, ¿te acuerdas de que reflexionamos en el Museo de Historia Natural sobre la cuestión de por qué hay todo y no nada?

—Sí, claro.

—Y de que hablamos sobre el big bang. Que quizá antes existía algo así como una bola…

—Sí, pero ¿qué sucedía con la bola? ¿De dónde viene? ¿Y qué había alrededor?

—Como te dije, nadie lo sabe. Pero tengo aún una pequeña historia para ti. La última:

Un hombre cruza un bosque en China. De repente sucede algo completamente inesperado. Le alcanza una flecha y le hiere gravemente. Y lo peor de todo es que la punta de la flecha está envenenada. Con dificultad se arrastra hacia su casa. Sus amigos y parientes llaman rápidamente a un médico. El médico aparece inmediatamente. Pero antes de que le pueda sacar la flecha el hombre herido dice:

—¡Alto, un momento! Antes de que me saque la flecha dígame, por favor, quién me la ha disparado. Quiero saberlo. ¡Inmediatamente! ¿Fue un guerrero? ¿Fue un sacerdote? ¿Fue un ciudadano? ¿O fue un campesino?

—Ni idea —dice el médico y se dispone a sacar la flecha de la herida.

—¡Alto! —grita el hombre—. Primero quiero saber a toda costa de dónde proviene el hombre que me ha alcanzado. ¿Era pequeño, grande o de tamaño mediano?

—¿Cómo he de saberlo? —dice el médico—. Usted necesita ayuda inmediata.

—¡No, no, primero responda a mis preguntas! ¿Qué color de piel tenía el hombre? ¿Era negro? ¿O moreno? ¿O amarillo? ¿De qué pueblo procede? ¿O viene de un castillo? ¿Y con qué ha disparado? ¿Con un arco corto o con uno largo?

—¡Realmente no lo sé! —se queja el médico—. Por favor, permanezca tranquilo y…

—¡Alto, *stop*! —grita el hombre—. Dígamelo inmediatamente. Es lo más

importante para mí: ¿qué clase de cuerda tenía el arco? ¿Era trenzada o metálica? ¿Y la punta de la flecha era curva o recta o…?

En ese momento al hombre le abandonaron las fuerzas. El veneno había producido su efecto y el hombre murió en las manos del médico, al que no había permitido sacar la flecha.

De nuevo en la calle, cruzamos la Alexanderplatz. Se ha hecho de noche, en las casas brillan las luces por doquier. Es hora de que volvamos a casa.

—Bueno, Oskar, ¿qué hizo mal el hombre de la historia?

—Tenía que haber dejado que le sacaran la flecha, naturalmente.

—Sí, más allá de sus muchas preguntas, olvidó lo más oportuno e importante. Lo que la historia nos quiere decir es que en la vida quizá no sea en absoluto tan importante de dónde procede todo. Y quién lo haya creado. Y que no tiene en absoluto tanta importancia saber por qué existe todo. Lo realmente importante es ¡la vida misma! ¿Entiendes eso, Oskar?

—Claro que sí.

Caminamos deprisa, acompasados, uno al lado de otro. Padre e hijo, dos buscadores de la felicidad entre miles de millones de ellos.

—Papá, solo una pregunta más…

—¿Sí?

—Pero, papá, ¿quién ha disparado ahora la flecha…?

Bibliografía

Yo y yo

¿Por qué hay todo y no nada?
Una panorámica sobre los diferentes mitos culturales de la creación la ofrecen Dietrich Steinwede y Dietmar Först en *Die Schöpfungsmythen der Menschheit*, Patmos, 2004, y Benoît Reiss y Alexios Tjoyas, *Schöpfungsgeschichten der Welt*, Patmos, 2006.

¿Por qué existo yo?
Dos buenos libros sobre la historia de la evolución del ser humano son: Richard E. Leakey y Roger Lewin, *Der Ursprung des Menschen*, Fischer Taschenbuch, 1998 [*Los orígenes del hombre*, Aguilar, Madrid 1980], y Jens Reichholf, *Das Rätsel der Menschwerdung. Die Entstehung des Menschen im Wechselspiel der Natur*, dtv, 1997. Sobre el azar y la necesidad en la historia de la formación de la naturaleza y del ser humano filosofa de modo muy legible Stephen Jay Gould en *Illusion Fortschritt. Die vielfältigen Wege der Evolution*, Fischer Taschenbuch, 3.ª ed., 2004 [*La grandeza de la vida*, Crítica, Barcelona 2001].

¿Por qué las ratas sin nombre son más simpáticas?
El estudio sobre la simpatía que despiertan los animales del zoo londinense apareció bajo el título «How Diana climbed the ratings at the zoo», *Nature*, 17-IX-1998, p. 213.

¿Qué se sentirá siendo un zorro volador?
El artículo de Thomas Nagel «¿Cómo es ser un murciélago?» está en Peter Bieri, ed., *Analytische Philosophie des Geistes*, Beltz, 4.ª ed., 2007.

¿Por qué los gorilas pueden ser invisibles?
El experimento con el «gorila invisible» lo hizo Daniel Simons y aparece en «Gorillas in our midst: sustained inattentional blindness for dynamic events», *Perception*, vol. 28, p. 1.059. También en el libro de Christopher Chabris, Daniel Simons y Dagmar Mallett, *Der unsichtbare Gorilla. Wie unser Gehirn sich täuschen lässt*, Piper, 2011 [*El gorila invisible. Cómo nuestras intuiciones nos engañan*, RBA Libros, Barcelona 2011].

¿Quién es «yo»?
Una sinopsis del test del espejo con monos y primates la ofrece Gordon G. Gallup en «Self-recognition in primates: A comparative approach to the bidirectional properties of consciousness», *American Psychologist*, 32 (5), págs. 329-338. Ver también sobre la capacidad de conocimiento de los monos y los primates: Michael Tomasello y Joseph Call, *Primate Cognition*, Oxford University Press, 1997. Que los elefantes se reconozcan en el espejo lo piensan Frans de Waal, Joshua Plotnik y Diana Reiss en «Self-recognition in an Asian elephant», *Proceedings of the National Academy of Science*, 103 (45), 2006, págs. 17.053-17.057.

El bien y yo

¿Hay moral en el cerebro?
Sobre el caso de Phineas Gage y sus daños cerebrales informa pormenorizadamente Antonio R. Damasio: *Descartes' Irrtum. Fühlen, Denken und das menschliche Gehirn*, List Taschenbuch 2004 [*El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*, Crítica, Barcelona 2010]. El deseo de Snork de una calculadora se encuentra en Tove Jansson, *Eine drollige Gesellschaft*, Benzinger, 6.ª ed., 1970, p. 146 [*El sombrero del Mago*, Siruela, Madrid 2006].

¿Valen más cinco personas que una?
Para el ejemplo del vagón de tren y el puesto de agujas, ver Marc D. Hauser, *Moral Minds. How Nature Designed Our Universal Sense of Righ and Wrong*, Little, Brown Book Group, 2008 [*La mente moral. Cómo la naturaleza ha desarrollado nuestro sentido del bien y del mal*, Paidós, Barcelona 2008].

¿Se puede matar a tía Bertha?
La discusión sobre matar a tía Bertha fue inspirada por la crítica de Tom Regan al utilitarismo de Peter Singer, en Peter Singer (ed.), *Verteidigt die Tiere. Überlegungen für eine neue Menschlichkeit*, Neff, 1986.

¿Por qué los espejos molestan al robar?
Sobre el experimento de Halloween, véase Thomas Shelley Duval y Robert A. Wicklund: *A Theory of Objective Self Awareness*, Academic Press, 1972.

¿Estropean las recompensas el carácter?
Para el experimento con los chimpancés y los niños dispuestos a ayudar, véase Felix

Warneken y Michael Tomasello: «Altruistic Helping in Human Infants and Young Chimpanzees», *Science*, 311 (3), 2006, págs. 1.301-1.303. Vídeos representativos del experimento se encuentran en http://email.eva.mpg/-warneken/ideo.htm.

¿Qué es correcto?
Los experimentos con los monos capuchinos los hicieron Sarah Brosnan y Frans de Waal: «Monkeys reject unequal pay», *Nature*, 425, 2003, págs. 297-299. Frans de Waal ofrece interpretaciones de gran alcance sobre la corrección e incorrección humana en *Primaten und Philosophen. Wie die Evolution die Moral Hervorbrachte*, Hanser, 2008 [*Primates y filósofos. La evolución de la moral del simio al hombre*, Paidós, Barcelona 2007].

¿Se pueden comer animales?
Peter Singer da buenos argumentos contra el consumo de carne basándose en la *capacidad de sufrimiento* de los animales en su clásico moderno *Animal Liberation. Die Befreiung der Tiere*, Rowohlt, 1996 [*Liberación animal. El clásico definitivo del movimiento animalista*, Taurus, Madrid 2011]. Tom Regan argumenta que hemos de respetar a los animales porque tienen *intereses* en *The Case for Animal Rights*, University of California Press, 2004 [*La causa de los derechos de los animales*, Distribuidora Resistencia Vegana]. Ver también mi libro *Noahs Erbe. Vom Recht der Tiere und den Grenzen des Menschen*, Rowohlt Taschenbuch, 2000.

Mi felicidad y yo

¿Por qué los seres humanos tienen preocupaciones?
La vida de Federico el Grande se narra siguiendo a Johannes Kunisch en *Friedrich der Grosse. Der König und seine Zeit*, C. H. Beck, 2004.

¿Qué es belleza?
La diferencia entre mesas angulosas y mesas bonitas la hace ya Immanuel Kant en la *Crítica del juicio.*

¿Qué es justo?
Las reglas de John Rawls se han tomado, algo simplificadas, de su libro *Teoría de la justicia*.

¿Qué es libertad?
La distinción entre libertad como derecho a no ser tutelado en determinadas cosas

(«libertad negativa») y el derecho a poseer, a rendir («libertad positiva»), procede de Isaiah Berlin: *Freiheit. Vier Versuche*, Fischer Taschenbuch, 2006 [*Cuatro ensayos sobre la libertad*, Alianza Editorial, Madrid 1999].

¿Qué es lo que importa en la vida?

La historia del hombre alcanzado por una flecha envenenada se cuenta en el discurso 63 de la colección de los discursos medios de Buda, llamada *Majjhima Nikaya*.

RICHARD DAVID PRECHT (Solingen, Alemania, 1964) es filósofo, periodista y escritor. Estudió Filosofía, Filología Alemana e Historia del Arte en la Universidad de Colonia, donde se doctoró en Filosofía en 1994. Ha trabajado para diferentes periódicos (*Die Zeit*, *Chicago Tribune*) y emisoras de radio. Entre sus libros de divulgación puede destacarse *¿Quién soy y… cuántos? Un viaje filosófico*, un *bestseller* en Alemania que ha sido traducido a numerosos idiomas; *Amor. Un sentimiento desordenado* y *El arte de no ser egoísta. Una reflexión sobre la moral y los obstáculos para practicarla*.